

COLECCION DE POESÍAS,

ORIGINALES DE

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

PRECIO: 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 49.

1870.

1952

8-3-

ORIGINALES DE

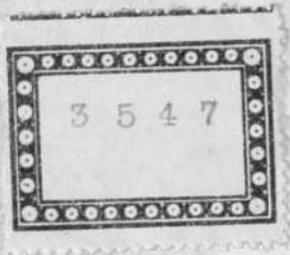
4.387

ENRIQUE DE SIEBRA

POESÍAS.



MADRID
IMPRESA DE S. ANSELMO MENDESA
CALLE DE S. ANSELMO, 15
1870



FOESIAS.

R. 27. 457

COLECCION DE POESÍAS,

ORIGINALES DE

AL SEÑOR DON RAMON DE CAMBOAMOR,

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

Es propiedad del autor.



MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA,
calle de Juanolo, núm. 19.

1870.

R. 27.429

COLECCION DE POESIAS

ORIGINALES DE

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

Es propiedad del autor.



MADRID.

IMPRESA DE MANUEL MINUSA,
calle de Luchana, núm. 19.

1870.

POESIAS

AL SEÑOR DON RAMON DE CAMPOAMOR,
en prueba de consideracion y respeto,

HIMNO A DIOS.

SU AFECTÍSIMO AMIGO

Enrique de Sierra Valenzuela.

AL SEÑOR DON RAMON DE CAMPOAMOR,

en prueba de consideracion y respeto,

SU AFECTUOSIMO AMIGO

Benigno de Sierra Velasco

POESÍAS.

PRIMERA PARTE.

HIMNO Á DIOS.

¡Salve, Creador del mundo, Señor de tierra y cielo!
Inagotable fuente de dicha perenal,
A quien *Hosanna* canta con amoroso anhelo
De alados querubines el coro celestial!

¡Salve, Señor, y escucha los ecos de mi canto;
Recibe cariñoso mi férvida oracion,
Y llegue hasta tu trono tres veces sacrosanto
La humilde prez que eleva mi amante corazon!

Do quiera, Dios piadoso, tus creaciones miro;
En todo ve tu huella mi enardecida fe:
Tu excelso nombre leo, tu santa gloria admiro,
Do quier la vista fijo, do quiera sello el piso.

En cada cosa encuentro tu imágen esculpida;
En cada objeto admiro tu potestad sin fin:
Tu mano que á los mundos da leyes, presta vida;
Tu fuerza que á los mares señala su confin.

Escucho donde quiera tu acento poderoso,
Si lanza el mar airado su acento aterrador,
Si vaga en los vergeles el céfiro amoroso,
Si ruga el ronco trueno con hórrido fragor:

Si corre el arroyuelo con rumorcillo blando,
Si muge subterránea la lava del volcan,
Si el huracan violento se agita rebramando,
Si canta el gilguerillo su enamorado afan.

Imágen de tu gloria se muestra ante mi vista
Cuanto tu mano afable de vida y ser dotó;
Desde el altivo cedro hasta la humilde arista,
Que aunque mezquina y débil tu afecto mereció.

El luminar hermoso del esplendente dia
En Tí mira su origen, de Tí bebe su luz:
De Tí penden las sombras con que la noche fria
Los montes y los mares envuelve en su capuz.

Las fúlgidas estrellas con que se adorna el cielo,
El mudo pez que habita la acuática region,
El multiforme insecto que mora el bajo suelo,
Testigos de tu gloria y tus creaciones son.

Y el ave, el pez, los mares, el céfiro, las fieras,
Del astro rey del dia el claro rosicler,
El cierzo, el trueno ronco, pregonan donde quiera
Tu nombre sacrosanto, tu insólito poder.

¿En qué, mi Dios, no impera tu poderosa mano?
¿Qué vive que no deba su vida á tu bondad?
¿A dó llegar no puede tu imperio soberano?
¿Qué existe que no alabe tu inmensa majestad?

Tú siembras las llanuras de perfumadas flores,
Que llenan los ambientes de aroma embriagador;
Tú das á la mañana sus claros resplandores,
Y á la alma primavera su manto de verdor.

Tú das sus verdes hojas al bosquecillo umbrío,
Tú llenas los panales de perfumada miel,
Tú agostas con el fuego del caluroso estío
Las yerbas de los prados, las flores del vergel.

Sustento das al cínife que vaga en el espacio,
Do quier afable acudes con tu celeste amor,
A la pajiza choza, y al dórico palacio,
Como al humilde nido que teje el ruiseñor.

Del fúlgido relámpago á la esplendente lumbre
Tus poderosas leyes vida y aliento dan,
Sus nieves eternas á la gigante cumbre,
Su voz á la tormenta, su silbo al huracan.

Y al ver enagenado el mágico portentó
Que muestra donde quiera tu inmensa creacion,
Te encuentra en sí encarnado mi altivo pensamiento,
Te siente en sí escondido mi amante corazon.

¡Salve, Señor! yo alabo tu imperio y tu grandeza,
Y en merecer tu gloria se cifra mi placer.
¡Dios santo! sé mi guia, acorre á mi bajaesa,
Y dignate benigno mis preces acoger!

¡Salve! y tiende á tu hechura tus cariñosos ojos!
¡Alienta en mí, Dios mio, la llama de tu amor!
¡Salve! ¡jamás mis culpas merezcan tus enojos!
¡Misericordia, Padre! ¡piedad, piedad, Señor!



LARGO Y CORTO.

Quando del pesar amargo
el negro cáliz bebía,
¡qué pesado se me hacía,
cuán largo el tiempo... cuán largo!...

Después en la dicha absorto
la copa de amor gusté:
y qué corto entonces fué
para mis glorias... ¡qué corto!...

LA RIÑA AMOROSA.

Desavenencia tuvieron
los novios Luis y Leonor,
y las prendas se volvieron
que, como *prendas* de amor,
ambos amantes se dieron.

Cupo á Luis el empezar,
y así, apoyado en la reja
de Leonor, y al entregar
sus prendas, la dijo al par
en tono de amarga queja:

—«Toma: el liston encarnado
que *lazo de amor* llamé.
¡Cuán pronto se ha desatado!
Bien que, en lo frágil, á fe
que tu pecho le ha igualado.

La trencita de cabellos
tan olorosos y bellos
que me diste por San Juan:
Si están mojados... lo están...
porque he llorado sobre ellos!

Toma el alelí, Leonor,
dado la mañana aquella
que te declararé... Esa flor
marchita está... cual tu amor,
que se marchitó al par que ella.

El San Luis que me mandabas
á Cartagena en mi día,
en la carta que decía
que por el santo jurabas
«quererme mucho y ser mía.»

El alfiler que te hirió,
y que yo quise tener
porque tu sangre tocó...
¡No te punce el alfiler
que tengo en el alma yo!

En fin, toma tu retrato:
No queda más ¿no es así?...
¡Quién dijera al verte aquí
que tras un rostro tan grato!
en fin, ya está todo ahí...

Mis prendas puedes quemar,
que no las quiero mirar:
¡Nada pasó entre los dos!...
Adios... si llegas á amar...
conque... adios... Leonor!... adios!...

Diciendo así, de la reja
se aparta, y aunque una queja
no exhala su labio, en tanto
va vertiendo amargo llanto
del hondo mal que le aqueja.

Y Leonor, el alelí
mirando, y dejando aquí
su hasta ahora aparente calma,
le grita:—«¡Aún me falta... el alma
que con esta flor te dí!»

La oyó Luis, y en el acceso
del placer, libre del peso
que en el corazón sentía,
volvió á enjugar en un beso
las lágrimas que vertía.

Y de nuevo recibiendo
aquellas prendas de amor,
nuevas protestas haciendo,
se miran ambos diciendo:
—«¡Luis mio!»—«¡Cara Leonor!...»

LA NIÑA HUERFANA.

Apenas un lustro solo
cuenta la mísera niña,
y ya solitaria llora
los pesares de la vida.
Camino del cementerio
desnuda casi tiritita,
sentada en la dura piedra,
sufriendo la lluvia fría.
Hambre siente la infelice,
la sed también la fatiga,
y no tiene pan ni agua,
y triste llora la niña.
Ha muerto su pobre madre,
y de la desgracia víctima,
si la caridad no implora
sucumbirá al hambre impía.

Camino del cementerio
desnuda casi tiritita;
hambre siente la infelice,
la sed cruel la fatiga, —
y clama á los pasajeros
que por su lado caminan:
—«¡Una limosna por Dios
á esta pobre huerfanita!»

Y pasan tantos, y tantos siempre; —
en callada romería, algunos con
unos llevando guirnaldas
de doradas siemprevivas,
llevando lámparas otros... —
ornadas de negras cintas;
que, acercándose á un anciano,
pregúntale así la niña:

— Señor, ¿por qué tanta gente
hacia el panteon camina?

— Porque es dia consagrado
á los muertos, hija mia.

— Pues, ¡cómo! ¿los que se mueren
vienen ahí?... — ¡Pobrecita!
sí, le contesta el anciano.

— ¡Entonces la madre mia,
que dicen todos que ha muerto,
en el panteon habita!

Yo quiero ir... mas no puedo
llevarle como esas niñas,
llevan, acaso á sus madres,
guirnaldas y florecitas...
Y clama diciendo esto
con las manos extendidas,
mientras sentada en la piedra
desnuda casi tiritita:

— «¡Una limosna por Dios
á esta pobre huerfanita!»

—¿Quereis decirme, abuelito, cuántos cuartos bastarian para poner á mi madre una lámpara encendida?

—¿Cuantos?... ¿y á que más ofrenda que tu amor, hermosa niña? ¡Los pobres no tienen tumba ni lámparas encendidas!

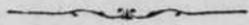
Y el viejo volvió la cara por ocultar á su vista algunas lágrimas tiernas que bañaron sus pupilas.

Y la huérfana, halagando una esperanza querida, miraba al cielo y clamaba:

—Madre mia, madre mia, ¡ay! ¡quién pusiera en tu fosa una guirnalda amarilla!

Y el hambre y la sed sintiendo desnuda casi tiritada, y sus manos alargando clama sin cesar la niña:

—«¡Una limosna por Dios á esta pobre huerfanita!»



EN SU AUSENCIA.

¡Ay! que la mano del dolor cruento
mi alma triste á la ventura sella!
¡Ya no hallará mi corazón contento,
pues se alejó mi bella!

Lloro si el sol se eleva, y á su encanto
abre la flor su perfumado broche:
Lloro si extiende su estrellado manto
la sileneiosa noche!

Ya la Aurora radiante y placentera
abrió á la luz los fúlgidos palacios;
del luminoso sol la ardiente esfera
se ostenta en los espacios.

Baña la luz del esplendente día
los altos montes, los floridos huertos;
eleva la natura en su ufanía
armónicos conciertos.



Abre la flor su mágica corola,
canta el ave cruzando la pradera;
yace sereno el mar, y ola tras ola
se aduerme en la ribera.

Yo, solo, al ver la luz del claro día,
y al escuchar de la natura el coro,
sumido yazgo en tétrica agonía,
y mis pesares lloro!

Busca su ocaso el sol bello y radiante;
baña en el mar los rayos de su lumbre;
solo alcanza su luz, ya vacilante,
del monte la alta cumbre.

Cesa el gilguero en su amoroso canto,
muda corre la fuente en la espesura,
la noche entre las sombras de su manto
envuelve á la natura:

Ocultas yacen las sencillas galas
de los pensiles y aromados huertos;
el sueño bate sus plumas alas
y cesan los conciertos.

¡Y yo, en las sombras de la noche fría,
lejos del bien que enagenado adoro,
sumido yazgo en tétrica agonía
y mis pesares lloro!

¡Ay! que la mano del dolor cruento
mi alma triste á la ventura sella!
¡Ya no hallará mi corazon contento,
pues se alejó mi bella!

Lloro si el sol se eleva, y á su encanto
abre la flor su perfumado broche:
Lloro si extiende su estrellado manto
la silenciosa noche!

NOMBRES TROCADOS.

Do quiera que loco gira,
va el hombre en su ceguedad
trocando la realidad,
difundiendo la mentira.
Así, á la fosa en que yace
su cuerpo frio é inerte,
le llama *lecho de muerte*,
siendo *la cuna en que nace*.

EL BUSILIS.

LETRILLA.

En este mundo mezquino
hay cosas que yo no entiendo,
con cuya razón no atino.

Se están viendo
pasar por cuerdos los bobos,
volverse ovejas los lobos,
y en sana paz resonar
los pollos con las raposas...

¿Me quiere usted explicar,
don Gaspar,
el busilis de estas cosas?

El pretendiente incansable,
que ha implorado vanamente
una plaza miserable

de escribiente,
es hoy por su rico porte
admiracion de la corte;
ostenta y luce sin par
seda, oro, piedras preciosas...

¿Me quiere usted explicar,
don Gaspar,
el busilis de estas cosas?

Juan-Rico, que en su villorrio
fué señor de banda y cruces,
en la casa de socorros

da de bruces.

Y *Juan-Pobre* se enriquece,
de su origen se envanece,
ocupa un alto lugar,
y ostenta cruces vistosas...

¿Me quiere usted explicar,
don Gaspar,
el busilis de estas cosas?

La que triste ayer lloraba
su viudez con llanto tierno,
y á su difunto juraba
luto eterno,

hoy pone su duelo á raya,
desnuda la negra saya,
y baja al Prado á ostentar
encaje y sedas lustrosas...

¿Me quiere usted explicar,
don Gaspar,
el busilis de estas cosas?

No obtuvo don Celestino
un gran empleo en la corte,
hasta que á la corte vino
su consorte:

Cesante un trienio estuvo,
su reposicion no obtuvo,
y ella la logró alcanzar

con sus súplicas llorosas.
¿Me quiere usted explicar,
don Gaspar,
el busilis de estas cosas?

¿Por qué al petardista Antero
la sociedad hoy aclama?...
¿Por qué es bolsista y banquero

de gran fama?...
¿Por qué se casa Rosario

con ese sexagenario,
y logran enamorar
estas viejas enfadosas?...

¿Me quiere usted explicar,
don Gaspar,
el busilis de estas cosas?

Cambian saludos afables,
y se mienten por amigos
los que, en fe, son implacables
enemigos.

El pobre ostenta riqueza;
el rico llora pobreza...

¿Por qué aquel necio ostentar,
y estas lágrimas dolosas?

¿Me quiere usted explicar,
don Gaspar,
el busilis de estas cosas?

BALADA.

(DE UN CANTO SUECO.)

—¿Por qué al volver del monte
Traes, mi bien, las manos encendidas?
—Porque he cogido rosas,
Y me han herido, madre, sus espinas.

—¿Por qué rojos se muestran
Tus hechiceros labios, hija mia?
—Porque he cogido moras,
Y me los he manchado con su tinta.

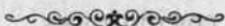
—¿Por qué se ha marchitado
El hermoso color de tus megillas?
—¡Perdon, mi buena madre!
¡Perdon! yo te engañaba fementida.

Cuando al volver del monte
Encarnadas las manos me veias,
Era que allí un mancebo
Mis manos con las suyas oprimia.

Cuando viste mis labios
Llenos de rojas purpurinas tintas,
¡Ay! era que los besos
de mi amante, mis labios encendían.

Y si ahora palidece
El hermoso color de mis mejillas,
Es porque mis amores
Ha pagado el ingrato con falsía.

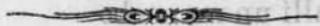
¡Adios, mi buena madre!
Ya no verás á tu adorada hija!
Mi vida su amor era,
Y ya se acaba con su amor... mi... vi... da.



El principio y el fin. —

Vivi con locos empeños,
dichas y amores soñando;
y al fin acabé llorando
engaños de aquellos sueños.

La vida en su desnudez
es sólo, si bien se mira,
la infancia sueños, mentira;
duelo y llanto la vejez.



ANACREÓNTICA.

Soñaba recostado
sobre el follaje espeso,
que cubre el bosquecillo
do pastan mis corderos,
que Laura me estrechaba
contra su blanco seno,
y que con mano afable
rizaba mis cabellos,
llenando mis mejillas
de enamorados besos.

Turbó un rumor extraño
mi sueño lisonjero:
y cuando abrí los ojos,
lleno de amargo duelo,
al ver el dulce encanto
de mi vision deshecho,
la vi que á mí venia,
y que con grato anhelo
hizo mi dicha cierta,
y realidad mi ensueño.



SONETO.

Cómo el moreno pan en limpia mesa,
La fruta de mi huerto sazónada,
Y aún espumante en la anchurosa herrada
Bebo la leche del ganado, espesa.

Gusto del agua clara que traviesa
Serpentéa, entre flores encorvada,
Y de mi casta esposa enamorada
Gozo el sencilló amor que me embelesa.

Esta ventura en mi retiro adoro,
Tanto que no cambiara por ninguna
La envidiable riqueza que atesoro:

Pues el contento que á mi paz se aduna
No lo encierra en sus lauros ni en su oro,
Ni la gloria fugaz, ni la fortuna.

EPIGRAMA.

Un soldado en Alcalá
contaba sus aventuras;
y dijo un pillete:—¡Bah!
Infiero por sus roturas,
que él es *soldado*, y lo está
por más de diez soldaduras.

LA PRIMAVERA.

A LAURA.

Pues renace con sus flores
la primavera gentil,
ven, ángel de mis amores,
á humillar con tus primores
las flores del fresco Abril.

Bajemos al verde prado,
donde en dulce desvarío
vivamos, dueño adorado,
yo de tu aliento aromado,
y tú del aliento mio.

Y no dudes que el primor
y las extrañas delicias
de este risueño verdor,
harán más grato el amor,
y más dulces las caricias.

Ya se ostenta
placentera
la aromada
primavera,
coronada
de mil rosas
olorosas.

Ya las flores
renacieron;
las llanuras
y espesuras
se vistieron
de verdores,
y los prados
regalados
se ciñeron
su guirnalda
de colores.

Los unidos
recentales,
repitiendo
lo balidos
maternales,
van corriendo,
y atendiendo
las canciones,
con que cuentan
los zagales
sus pasiones.

Se lamentan
lastimeros
los gilgueros,

en sus trinos
peregrinos:
las gentiles
mariposas,
orgullosas
con sus galas
y sus alas
de colores,
señorean
los pensiles
de mil flores.

Juguetean
variables
los amables
cefirillos:
se estremece
la azucena
peregrina,
que florece
junto al lago,
y se inclina
y enagena
de las ondas
al halago.

Césped tierno
que repara
el viento leve,
cubre el monte
que el invierno
coronara
con su nieve.

La paloma

canta amores
en su idioma,
con arrullos
y murmullos
seductores:
y la fuente
antojadiza
se desliza

blandamente,
en raudales
desiguales,
ya escondida,
ya aparente,
cual serpiente
guarecida
entre zarzales.

La blanda brisa
vaga indecisa,
ó va ligera
con rauda brío,
ya á los follajes
de la pradera,
ya á los ramajes
del bosque umbrío.
De sus celajes
limpia se mira
la azul esfera.

Del sol se admira
la luz fulgente,
que se retrata,
ya en la corriente
del arroyuelo
de limpia plata,
ó ya en la luna
del claro espejo
de la laguna.

En cándido coro
mil lindas zagalas,
con canto sonoro
celebran las galas
del plácido Abril:
Y al prado bajando
se mezclan bailando;
y siguen su danza
los ecos que lanza
rabel pastoril.—

La mar duerme serena,
y plácida regala
con risas mil la arena
que su confin señala.

Alegres pescadores
conducen sus barquillas,
que hienden sin rumores
las aguas con sus quillas.

Hinchadas van sus lonas,
y aléjanse fingiendo
palomas juguetonas
los aires recorriendo.

Vagan ráudas donde quiera
las abejas laboriosas,
en las flores olorosas
que tapizan el vergel;

Y se mezclan y confunden
en mil giros desiguales,
conduciendo á sus panales
los tesoros de su miel.

Discurriendo en su alborozo
ya en el monte, ya en el llano,
de sus mieses mira ufano
la verdura el labrador:

Y sonríe á la esperanza
de que premien su cuidado,
los terrenos que ha regado
con raudales de sudor.

Las ligeras avecillas
llevan prestas á sus nidos,
los vellones aprehendidos
en las ramas del jaral;

Cuando lejos de su madre,
y triscando sin cordura,
se enredara en la espesura
el sencillo recental.

Todo renace á la vida,
y todo al placer convida:
la colina, la pradera,
la espesura, la ribera,
la vega verde y florida.

La montaña, cuya nieve
desciende con rauda paso
y en mil raudales se mueve,
meciendo con beso leve
las yerbas que riega al paso.

El mar que baña la arena;
la flor que de aromas llena
abre en el vergel su broche;
y hasta esta calma serena
mensajera de la noche.

Y pues todo se atavía
con sus dones más risueños,
ven al campo, Laura mía;
ven, querubin de mis sueños,
tesoro de mi alegría...

Ven, que te ofrece sus flores
la primavera gentil;
ven, dueño de mis amores,
y humilla con tus primores
las flores del fresco Abril.

Ven, que el extraño primor
y las extremas delicias
de este prado encantador,
hacen más grato el amor,
y más dulces las caricias.

LETRILLA.

Yo soy un guapo sugeto,
que bailo á cualquier compás,
y que venero y respeto
la opinion de los demás:
y no todo es de mi gusto;
pero al de todos me ajusto,
y sigo constantemente
mi costumbre á tal tenor,
*porque sé que lo mejor
es irse con la corriente.*

Asegura doña Clara
que aún no llega á la vejez,
cuando tiene ya la cara
como cáscara de nuez.

Y yo, que sé á ciencia cierta
que tiene la fosa abierta,
no niego que en el vigor
de la juventud se siente,
*porque sé que lo mejor
es irse con la corriente.*



Sé que en todas ocasiones
anda la fiera Beatriz
á arañazos y empellones
con su consorte infeliz.

Ella asegura, falaz,
que viven en sana paz;
más su conyugal amor
mi labio jamás desmiente,
*porque sé que lo mejor
es irse con la corriente.*

Tiene la linda Teresa
un pariente General,
que la paga casa y mesa,
y hasta palco en el Real.

La lleva de día y noche
á su lado, ó en su coche;
y no dudo del amor
de tan singular pariente,
*porque sé que lo mejor
es irse con la corriente.*

Cuanto me dicen repito,
callan todos y soy mudo,
gritan los demás y grito,
estornudan y estornudo:
lo que otro cree eso creo,
pasean y yo paseo;
y haga frío, haga calor,
yo voy donde va la gente,
*porque sé que lo mejor
es irse con la corriente.*



EL AVARO.

Esclavo de la codicia,
amarillo como el oro
que en su entusiasmo acaricia,
sin más ley que la avaricia,
sin más Dios que su tesoro:

Aherrojado en la bajeza,
apóstol de la mentira...
Hé aquí el monstruo de vileza,
que en un arranque de ira
abortó naturaleza.

El avaro, horrible sér,
cuyo corazón mezquino
yace cerrado al placer,
y á quien, sin duda, al nacer
maldijo fiero el destino.

Sí, que idólatra malvado
de su egoísmo insaciable,
vive de todos odiado,
y en medio del mundo, aislado,
y entre el oro, miserable.

Solo atiende su afición
del oro al eco sonoro;
y, en continua agitacion,
le tortura el corazon
la guarda de su tesoro.

Sobre la cama haraposa
do taimado le recata,
sueña en la noche medrosa
mirar la mano alevosa
que airada se le arrebatá.

Brota entonces de su pecho
un grito ronco y ahogado;
cobarde tiembla en su lecho,
y le oprime en lazo estrecho
contra su seno agitado.

E inmóvil, mudo, encogido,
y afanado en ocultar
el aliento comprimido,
hasta le acobarda el ruido
de su tardo respirar.

Y no goza en su amargura
ni un solo instante halagüeño,
que en su avarienta pavura
le da tortura su sueño,
su velar le da tortura.

En vano el pobre á su puerta
llamará con débil mano,
que, á la piedad su alma muerta,
no le obliga ni despierta
del triste el dolor insano.

Antes, con voz lamentable
plañendo fingidas penas,
el avaro abominable
mendiga el pan miserable
con que se sustenta apenas.

Nunca en su pecho avariento,
ni en su corazón cruel
halló la piedad asiento;
ni hay fibra sensible en él
para un puro sentimiento.

Ni late lleno de ardor
al encanto seductor
que en sus amenos vergeles,
brinda en su copa el amor,
y la gloria en sus laureles.

Ni al que condolido llora
amparo da ni sosten;
ni sabe el bien que atesora
la alegría de hacer bien
al que por piedad le implora.

No, que en su delirio insano,
y encarnado su albedrío
en su tesoro villano,
llama necio desvario
cualquier sentimiento humano.

· · · · ·
¡Ah! ¡huid su presencia odiosa!
que mancha su planta vil
el camino en que se posa,
como la baba asquerosa
del ponzoñoso reptil.

¡Baldon sobre la memoria
del avariento, que, inmundo,
y encenagado en la escoria,
no cambia el oro del mundo
por un átomo de gloria!

¡Baldon sobre el alma impía
que en el oro se gloria,
y en su avaro frenesí
no comprende la alegría
que encierra el amor en sí!

Si, maldicion sobre el sér,
cuyo corazon mezquino
yace cerrado al placer,
y á quien sin duda al nacer
maldijo airado el destino!

ALEGORIA.

A MI AMIGO D. A. R. R.

Su blanco paño al aire osada tiende
la nave, y deja el conocido puerto,
y del viento á merced los mares hiende,
y flota aquí y allí sin rumbo cierto.
Ya el mar sobre su espuma la suspende,
ya el hondo abismo le amenaza abierto,
y, rota al fin, sepulta en sus arenas
velas, casco, timon, jarcias y entenas.

La vida es otro mar: males sin cuento
desatados en rudo torbellino
silban do quiera con fatal intento,
y al hombre impelen á vagar sin tino:
y cual débil bajel que arrastra el viento,
asi el mortal, en alas del destino,
cruza sin rumbo los revueltos mares,
en donde son escollos los pesares.

Una tabla no más en la tormenta
al triste navegante ofrece ayuda;
un solo puerto hay, que en vano intenta
turbar el aquilon con saña ruda:
tabla que á todo náufrago sustenta,
puerto que á todo navegante escuda...
Huye, ¡oh amigo! del peligro cierto...
La *Fe* es la tabla.... la *Virtud* el puerto.

EPÍGRAMA.

El pastelero Patricio
puso tienda, y se empeñó
en que la pusiera yo
nombre alusivo á su oficio.

Y como el compuesto sé
de sus pasteles del diablo,
al escribir el retablo
puse: *¡Al arca de Noé!*....

SERENATA.

La luz de la aurora ya el prado engalana,
ya canta en su nido gilguero amador,
la fuente en su cauce deslízase ufana,
despliega su cáliz de púrpura y grana
la cándida flor.

El cielo sonrie mostrando su encanto,
el dia sereno comienza á nacer:
aquí todo ahuyenta la pena y el llanto,
aquí el alma olvida molesto quebranto,
aquí esta el placer.

¡Despierta! ya bajan las lindas zagalas
las luces primeras del sol á admirar.
¡Ah! ven: ven y aumenta del prado la galas:
Si, ven, palomilla de fúlgidas alas,
tu amante á arrullar.

Sin ti yo no encuentro belleza en el prado,
ni aroma en la rosa, clavel ni alelí,
sin ti miro el cielo de nubes poblado.
Ni el prado ni el cielo, mi dueño adorado,
me agradan sin ti.

¡Ah! ven: soy la abeja que corre afanosa
sus mieles buscando de amor al vergel;
y tú eres, zagala, su flor más hermosa.
Si, ven; y que amantes tus labios de rosa,
me ofrezcan su miel.

EPIGRAMA.

Murió Joaquin el tramposo,
y entrando en el panteon,
exclamó su amigo Anton
entre afligido y lloroso:
— ¡Ya está su deuda cumplida!
Y otro repuso:— Yo infiero
que habrá sido lo primero
que haya pagado en su vida.

EN UN ALBUM.

▲ MI APRECIABLE AMIGA LA SEÑORITA ANGIUSTIAS BARUTELL.

No me mandes cantar: Si alegre un día
canté las glorias de un ensueño loco,
hoy sólo canto la amargura impía
de la cansada realidad que toco.
No tiene ya mi voz grata armonía;
sólo á llorar con mi canción provoco:
si el estro pulso, si la voz levanto,
sollozos y gemidos son mi canto.

Otro tiempo canté!... Sus raudas alas
tendió atrevida mi ardorosa mente,
tras ese mundo de hechiceras galas
que nuestro anhelo juvenil nos miente.
En un Eden de brilladoras salas
dichas forjó mi fantasía ardiente,
y alegre, y lleno de infantil contento,
pulsé la lira y elevé mi acento.

Yo volé á un cielo de hechizadas flores,
de eterna luz y mágicos encantos,
rico en belleza, pródigo en primores,
poblado siempre de armoniosos cantos;
y hallé en él tanto bien, dichas y amores,
tantas venturas, y placeres tantos,
como en el loco afán de mis empeños
me fingió la ilusión de mis ensueños.

Y fui feliz con la ventura aquella
que mi halagüeña infancia me mentía;
mi corazón de niño gustó en ella
las glorias que forjó mi fantasía.
Amaba una visión, visión que, bella,
encontraba do quier y me seguía,
y en la frente y la boca me besaba,
y mis sentidos cantos inspiraba.

Y arrebatado en mi feliz locura,
alegre en mi ilusión engañadora,
lleno de amor, de vida y de ventura,
lanzé al viento mi voz blanda y sonora.
Y preludió mi lira con dulzura,
y en alas de la brisa bullidora,
celebró mi canción, tendiendo el vuelo,
las galas mil de mi soñado cielo.

Canté la primavera con sus flores,
sus verdes hojas y aromosos prados;
el canto de sus tiernos ruiseñores,
los besos de sus brisas regalados,
sus jardines de mágicos colores,
sus bosques de azucenas matizados,
y los primores mil con que aparece,
y el rico bien que donde quiera ofrece.

Canté la luz de la ruiseña Aurora,
que, vencedora de la noche fría,
las altas cimas de los montes dora:
el blando son con que en la selva umbría
de cien aves la turba voladora
himnos entona al luminar del día,
cuando, de aromas y ambrosía llenos,
abren las flores sus pintados senos.

Canté la flor que embalsamada crece
junto al arroyo de bullente plata,
y al viento juguete su copa mece,
que de las aguas el cristal retrata.
Canté la selva que al viajero ofrece
sombra y frescura y ambrosía grata;
las aves que en su fronda alegres moran,
y con sentidos cantos se enamoran.

Canté el sereno lago placentero;
canté el cisne gentil de blanca pluma,
que su terso cristal surca ligero,
cual rico copo de nevada espuma;
y mirando cuál pinta lisonjero
el claro espejo su belleza suma,
de su mismo primor celoso acaso,
el agua pica con despecho al paso.

Y contemplando donde quiera ufano
bellezas que fingió mi desvarío,
canté las nieves del invierno cano,
que el el sol deshace en abundoso río:
el ronco rebramar del trueno insano,
el fuego abrasador del seco estío,
y el otoño cruel que, hoja por hoja,
selvas y prados de verdor despoja.

Y aromas, flores, y frescura, y aves,
murmurios de la fuente plateada,
cantares de placer, trinos suaves,
luz, y belleza, y sombra regalada,
del furioso aquilon los silbos graves,
los roncós gritos de la mar airada...
todo en confusa mezcla y vario acento
cantaba alegre en mi feliz contento.

Y la vision de celestial encanto
que yo seguia enamorado y ciego,
templó mi lira con su labio santo,
y dió á mi mente su ardoroso fuego:
y escuché de su voz el fácil canto,
que dí á la brisa enagenado luego;
y fueron mis mentidas creaciones
el rico manantial de mis canciones.

Mas ¡ay! cual suele el aquilon insano
cuando el espacio hiende presuroso,
de la rosa gentil el tallo ufano
tronchar airado, y destrozar brioso,
y arrebatando fiero é inhumano
las bellas hojas de su seno hermoso,
no dejar de la rosa purpurina
más que una seca y punzadora espina:

Cual suele en su furor la mar airada
arrebatar en despiadado juego
la barquilla, al acaso abandonada,
que zozobrante flota sin sosiego;
y á la playa de rocas erizada,
harta ya de jugar, lanzarla luego,
donde sus restos entre arena oculta,
y para siempre sin piedad sepulta:

Y como suele el bramador torente,
cuya marcha veloz nada domeña,
llegando al cauce de la limpia fuente,
arrastrarla feroz de peña en peña;
y enturbiar presuroso su corriente,
cuando con ronco ruido se despeña,
borrando al paso en su crueldad impía
el rico manantial que la nutria:

Así arrolló, cruel, en su carrera,
el tiempo crudo mi feliz contento,
y la flor de mis sueños hechicera
agostó del dolor el seco aliento:
la ilusion de mis glorias lisonjera
corrió del duelo al ímpetu violento,
y vi morir mis cándidas venturas
del mar del mundo entre las rocas duras.

Mi bien deshecho, mi ilusion perdida,
marchita ya la flor de mi esperanza,
la ilusion que adoré desvanecida,
¡ay! ¿qué consuelo mi dolor alcanza?
Sólo guarda mi alma dolorida
el ¡ay! sentido que llorosa lanza,
y, para más pesar, tristes memorias
del bien perdido y las perdidas glorias.

Fuí barca que en el mar de los dolores
roto miró su casco, vela y quilla:
fui flor á quien el cierzo en sus rigores
robó aroma, color, seno y semilla:
fui fuente á quien, desbordado, en sus furorés
borró el torrente manantial y orilla;
y hoy tengo para alivio á mis enojos,
llanto en mi corazon, llanto en mis ojos!

Cómo cantar, si el cielo de mi encanto,
que contemplara ayer puro y sereno,
de densas nieblas y brumoso manto
y oseuras nubes hoy contemplo lleno!
Cómo cantar, sin tan tenaz quebranto
vierte en mi corazon crudo veneno!...
¡Ay! que al pulsar mi destemplada lira,
eco de mi dolor, triste suspira!

No me mandes cantar! Robó sañudo
su dulzura á mi voz mi intenso duelo.
No me mandes cantar, deja que mudo,
perdido y solitario cruce el suelo;
cual leve arista, que al impulso rudo
del brioso huracan se eleva al cielo;
cual perla, de las nubes desprendida,
y en la insondable inmensidad perdida!



Deja que pase, trovador doliente,
sin mostrar mis heridas á tus ojos,
y de mi pena en el desierto ardiente
recuerde solitario mis enojos:
deja que triste sus latidos cuente
mi pobre corazon, lleno de abrojos,
sin que el lamento de su pena fiera
tu alma sensible con sus ecos hiera.

Ya de mi frente nebulosa y fria
huyeron las risueñas ilusiones:
no quieras ¡ay! que mi amargura impía
vierta en el roneo son de mis canciones!
Ya no tiene mi voz dulce armonía,
no lanza ya mi lira alegres sonos;
si el estro pulso, si la voz levanto,
sollozos y gemidos son mi canto.



UN GEMIDO.

Árboles de esta enramada
que erguís la copa hasta el cielo,
murmurador arroyuelo,
pura rosa perfumada:
¿Por qué si mi alma llagada
sucumbe al dolor mas fiero,
con murmurio lisonjero
respondeis á mis clamores?
Árboles, fuentes y flores,
¿por qué cantais si yo muero?

Gilguerillo enamorado
que das al ligero viento
tu melífluo y dulce acento
sobre esa rama posado,
¿por qué al mirarme afanado
ausente del bien que adoro,
lanzas tu canto sonoro
y pregonas tu alegría?
Responde, avecilla impía,
¿por qué cantas cuando lloro?

Enamorado pastor
que, de amor enagenado,
extiendes por el collado
las canciones de tu amor,
¿por qué aumentas mi dolor
con tu acento placentero?
¿Por qué al viento mensajero
haces de tu alegre canto?
Si ves mi agudo quebranto,
¿por qué cantas cuando muero?

Y tú, murmurante río
que este hondo valle refrescas,
y á cuyas márgenes frescas
dan las flores atavío ;
si sabes el duelo mio,
¿por qué tus arenas de oro
modulan el dulce coro
que hace mi mal más agudo?
¿Por qué no te arrastras mudo?
¿Por qué ríes cuando lloro?

¡Ay! cuán tristes me parecen
las canciones de las aves,
y esos murmurios suaves
con que las flores se mecen!
¡Cómo mis penas acrecen
á su rumor lisonjero!
Para hacer más duro y fiero
el hondo mal que deploro,
¡todo ríe cuando lloro!
¡todo canta cuando muero!

BALADA.

Niña infeliz, ¿por qué en la noche oscura
lanzas tan tristes y angustiosos ayes,
y surca el llanto tu mejilla pura?

—¡No tengo madre!

¿Dó vas?... ¡detente! El aquilon airado
con rudo impulso los cipreses bate,
¿Dónde guías tu paso apresurado?

—¡Busco á mi madre!

¡Aléjate infeliz! silba deshecho
el horrible huracan, la nieve cae...
—¡Dejadme que el rocío de mi pecho
le dé á mi madre!

La niña llega al panteon sombrío,
y de un alto ciprés bajo ramaje,
y ante una cruz, con tierno desvarío,
llama á su madre.

El cuello inclina á su dolor rendida
la huérfana infeliz, el tierno ángel,
y cediendo al pesar, queda dormida
sobre su madre.

¡Allí murió! Su alma presurosa
voló hasta el cielo, y al cruzar el aire,
se oyó cantar con voz armoniosa:

—¡Voy con mi madre!

EL CIMIENTO DE LA VIDA.

Á UN RICO ORGULLOSO.

El hombre, Fabio, flor es
sobre una tumba nacida:
sólo sostiene su vida
la muerte, que está á su piés.

Así, aunque encumbrado estés,
guárdate de envanecerte,
que de la vida y la suerte
la vanidad se concibe,
sabiendo que cuanto vive
descansa sobre la muerte.

EPISTOLA.

A MI AMIGO D. ARCADIO RODA, COVIDÁNDOLE Á DEJAR LAS
INQUIETUDES DEL MUNDO POR LA PAZ DE MI RETIRO.

Sí, Arcadio; corrompiendo el ministerio
De la sana moral, y doblgado
Del fiero mal al duro cautiverio,
El siglo, en su delirio enagenado,
A la espinosa y deleznable via
Del torpe error se agolpa despeñado.
No de otro modo en su tenaz porfía
La barca débil en la playa ignota
Su blanco paño al vendabal confia,
Y en varios giros zozobranante flota,
Hasta dar en las rocas de la orilla,
Naufraga al fin, desarbolada y rota.
Así á la luz que fulgurante brilla,
Presta su vuelo rápido convierte
La inexperta y gentil mariposilla,
Y en rodear su llama se divierte,
Que habrá de ser, por su locura insana,
Causa fatal de su temprana muerte.

Deten el loco empeño que te afana:
Torna ¡oh barquilla! al conocido puerto
Que con serenas ondas se engalana.

Vuelve las alas al florido huerto,
Mariposa gentil; no el bien tenido
Desprecies loca por el bien incierto!

Siglo, que, en pos del vicio fementido,
Corres cual nave en procelosos mares,
La célica virtud dando al olvido:

¿Dejas el bien, y buscas los pesares?

¿Hayes la calma, y vas tras la tormenta?

¡Vuelve á su templo! ¡torna á sus altares!

Mas en vano el delirio que le alienta
Mitigar con mis voces imagino,
Y contener su marcha turbulenta:

El corre, vuela en rudo torbellino,
Y ebrio los falsos goees acaricia
De que sueña sembrado su camino.

Mírale, haciendo un dios de la malicia,
Y una deidad del repugnante amaño,
Un templo levantar á la impudicia;

Y torpe y ciego en su fatal engaño,
De cada cosa trastrocar sin tino
El nombre y sér, de la razon en daño.

Sabio apellida al que aprendió ladino
Sus miras á ocultar, y justo aclama
Al miserable hipócrita mezquino;

Orgullo noble á la insolencia aclama,
Y ¡á cuantos nombres, de la historia luto,
Presta la trompa de la heróica fama!

En vano del saber el dulce fruto
Mostrarás á su mente, embrutecida

En el placer y el vicio disoluto;

En vano, de sus dones revestida,

La Religion, sencilla y pudorosa,

Le ofrecerá su cariñosa egida;

Que en su malvada ceguedad odiosa,

Desprecia del saber los altos dones,

Llama á la Religion farsa engañosa.

¡Farsa la Religion, cuyos pendones

Siguieron, cada vez con ansia nueva,

Tantos y tantos ínclitos varones!

¡Farsa el divino espíritu que eleva

Hasta el solio en que Dios rige los mundos,

Desde la humilde y miserable esteva!!

.....

.....

Ve los ancianos lúbricos é inmundos,

Que al borde de la tumba ya contemplo,

De juicio escasos, y en maldad fecundos,

Pervertir al infante con su ejemplo,

É infames atizando sus ardores,

Encaminarle del error al templo.

Mira al mozo, siguiendo sus errores,

Cómo insolente la obediencia niega,

Y el respeto debido á sus mayores.

Mira al esposo, que la esposa entrega

De las pasiones al tenaz influjo,

Cuando á cruel olvido la relega;

Y si su olvido al crimen la condujo,

Véle pedirle airado estrecha cuenta

Del infalible mal á que él la indujo.

Ve á la doncella, de pudor exenta,

Subir al lecho del caduco anciano,

De diges, galas y esplendor sedienta,

Y marchitar de su primor lozano

La tierna flor, al álito asqueroso

Del impotente cónyuge liviano;

Á la esposa olvidar con el esposo

Los pronunciados votos, que mancilla

En lúbrico comercio vergonzoso;

Á la madre esparciendo la semilla

De torpe corrupcion dentro del pecho

De la doncella cándida y sencilla,

Y al borde mismo del caliente lecho,

Sorda á la santa voz de la natura,

El fruto recoger de su cohecho:

A la viuda, sin duelo y sin cordura,

Sustituir el puesto del finado,

Al lado de la abierta sepultura,

Y con gentil y alegre desenfado,

Olvidar el esposo ya perdido

Con las caricias del amante hallado.

Ve á la anciana que compra el fementido

Misero amor, villana mercancía

Del jóven degradado y corrompido,

Y con brillantes galas se atavia,

Mientras le está vistiendo la mortaja

La seca mano de la muerte fria.

Ve al grave juez, que la razon ultraja,

Y más que al peso del derecho justo

De su balanza el fiel al oro baja,

Hacer de la justicia el templo augusto

Palenque de su saña inexorable,

Do personales causas venga injusto;

Y sobornarse al rico despreciable,

Desoyendo por él la queja tierna
Y la justa razon del miserable.

Ve al que las riendas del poder gobierna,
De su valer y fuerza hacer tan sólo
La escala vil de su ambicion eterna.

.....
.....
.....

Sí, Arcadio; el crimen, la impudicia, el dolo,
El vicio y la maldad tienen su asiento
En cuanto baña el sol de polo á polo.

Y qué, ¿querrás el ímpetu violento
Del siglo, que sus males desconoce,
Seguir tambien con pertinaz intento?

¡Ah! no le sigas, no; teme su roce;
Húyele, amigo, y con prudencia evita
Que su contagio el alma te destruya.

De la ciega locura en que se agita,
Escarnio son los nobles corazones
Do la virtud sus dones ejercita;

Y víctima infeliz de sus pasiones,
Si su milicia sigues atrevido,
Sacarás tu virtud hecha girones.

¡Ah! no: ven, huye, aguija, y dividido
Del bando general, el paso incierto
Conduce lejos del mundano ruido.

.....
.....

Hay, entre montes y árboles cubierto,
Un dichoso lugar, playa serena
Do mi abatida nave tomó puerto,

Y en dondó alegre el alma se enagena,

Ya con las tintas de su cielo hermoso,
Ya con las flores de su vega amena.

Aquí pueblan el monte delicioso
Cándidas corderillas, agrupadas
Donde crece el tomillo más gustoso;

Y más allá retornan las vacadas
Desde el prado al bostar, donde rebosan
Con su espumosa leche las herradas:

Allá las brisas en la flor se posan,
Ó veleidosas vuelan, conmoviendo
Las hojas que en los árboles reposan:

Acá salta el arroyo sin estruendo,
En el vergel florido, de su orilla,
Los bellos lirios jugueton meciendo:

Allá en el fresco prado hermosa brilla
Sobre la alfombra de su verde manto
La olorosa violeta sin mancilla:

Brota acullá la rosa, cuyo encanto
Viene á realzar el matinal rocío,
Vertiendo en ella aljofarado llanto,

Junto á la siempreviva, que el Estío
No logra marchitar, ni los rigores
Del cano invierno, nebuloso y frío:

Y aquí, y allí, do quiera sus primores
Muestran, ya el cielo, ya el vergel, ya el prado,
En su luz, en sus auras y en sus flores.

Sólo puebla el espacio perfumado
El rumor del arroyo peregrino,
Ó el canto de las aves acordado,

Ó la voz del pastor que el hato albino
Guarda, con sus canturias alegrando
El soto, el monte y el jardín vecino.

Aquí no llega el estridor nefando
De la sangrienta guerra, en que se agitan
Hora éste, hora aquel, ya el otro bando,
Que á la ruina, á la muerte precipitan,
La nada, el humo, el polvo en que se tornan
La gloria, el oro, el bien que solicitan.

No el vicio vil ni la ambicion sobornan:
Y Aquestos nobles y sencillos pechos,
Que de virtudes cándidas se adornan:

No mora la maldad bajo sus techos,
Ni ahuyenta el sueño puro y regalado
Que fiel preside sus pajizos lechos.

Aquí el esposo tierno, enamorado,
Ama á la esposa, y al esposo ella,
Y viven ella fiel, y él descuidado:

Ama al apuesto mozo la doncella,
Y, en justa paridad, amor enlaza
Al robusto zagal la moza bella:

La anciana débil al anciano abraza,
Y su vivir caduco juntamente
El tiempo debilita y adelgaza:

La experiencia encamina doctamente
Con grave razonar y ejemplo sano
Al inexperto jóven obediente;

Y árbitro de las leyes soberano
Es en estos lugares que bendigo,
Sólo el sincero voto del anciano.

No vaciles, Arcadio; corre, amigo,
Hácia el tranquilo puerto, que á tu alma
La paz ofrece en su seguro abrigo;

Donde, gozando de completa calma,
Tras una vida de dolor exenta,
Podrás del justo merecer la palma.

Ven al retiro en que mi pecho alienta,
Que ante su paz se aleja la perfidia,
Los vicios huyen, la maldad se ahuyenta,
Y se embotan los dardos de la envidia.

MADRIGAL.

Fijó sus labios mi zagala hermosa
en el modesto cáliz de una rosa,
y desde aquel momento
fué la rosa la reina de las flores,
porque aspiró sus cándidos olores
del perfumado aroma de su aliento.

SEGUNDA PARTE.

DUDAS Y AFANES.

No bien á la vida se abrieron mis ojos,
Cercaron mi cuna fantasmas sin fin,
Girando á mi lado con locos antojos,
Cual ebrios Silvanos en rico festin.

Vagaban en torno mil Genios diversos
Queriendo afanosos mi frente besar:
La bella esperanza, los sueños adversos,
Locuaz la locura, ceñudo el pesar.

La triste certeza de amarga mirada,
Giraba, aunque en calma, sin loca inquietud:
De espinas y abrojos la frente adornada,
Severa, aunque hermosa, la excelsa virtud.

La ufana alegría, la humilde pobreza,
El odio implacable, y el vicio falaz;
Amor, coronado de eterna belleza,
La ciega fortuna ligera y fugaz.

Y vuelan, y tornan, mi lecho rodean,
Y aquí y allí pasan con giro veloz;
Y en loco aquellarre sin tregua vocean,
Cual de ávidos buitres pandilla feroz.

Cual mugen las aguas del mar proceloso,
Si avanzan mezcladas en fiero motin,
Romper pretendiendo con golpe brioso
Las rocas que cierran su estrecho confin;

Cual hiende el espacio con rápidas alas
Silbando iracundo furioso huracan,
Ajando inclemente del campo las galas,
Sembrando do quiera temores y afan;

Así en raudó vuelo los Genios vagaban,
Cual mar proceloso ó cierzo cruel;
Con roncos acentos los aires poblaban,
Mezclados en ebrio mugiente tropel.

Sus gritos agudos mi oído entendía
Unidos formando confuso fragor:
Aquí grita un ángel:—«Yo soy la alegría.»
Allí un niño grita:—«Yo soy el amor.»

Y yo triste oía sus voces bizarras,
Cual mira medrosa la humilde torcaz
Girar, disputando prenderla en sus garras,
De halcones sin cuento pandilla voraz.

Y así como surge la pálida luna,
Después que la noche tendió su capuz,
Y el huerto, y el bosque, la tersa laguna,
Matiza de clara, bellísima luz:

Así como suele, después que del trueno
La voz fragorosa se oyó resonar,
El cielo sin nubes mostrarse sereno,
Dormir apacibles las ondas del mar,

La súbita calma siguió al loco brío
Que en torno girando la turba mostró:
Mi pecho medroso cobró su albedrío;
La risa en mis labios sus alas posó.

Paró de los Genios la furia importuna;
Cesaron los roncros rumores que oí;
Se acercan al cabo despacio á mi cuna,
Y en turno ordenado me hablaron así:

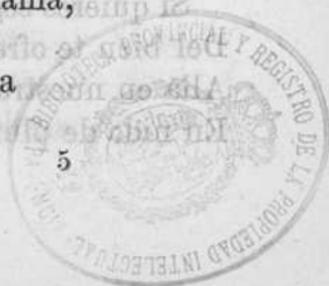
—«Ven, niño, á mi templo, que allí juguetean
Doncellas sin cuento de raro primor:
Caricias y halagos que al alma recrean
Te ofrecen afables. ¡Yo soy el Amor!»

—«¡Mentira!—responde con voz estridente
El odio implacable de lívida faz,
Cual suele entre flores la inmunda serpiente,
Se esconde en tu templo la pena falaz.

Yo ofrezco un contento más firme y durable,
Contento que vive de ageno dolor.
Fugaz es tu vida; tu gloria mudable
No iguala á la gloria que brinda el Rencor.»

—«¡Yo soy la Pobreza! Mi albergue es de heno,
Y en él doy abrigo al dulce placer:
Si un sueño deseas de envidias ageno,
La paz del olvido te puedo ofrecer.»

—«¡El mundo rendido por Diosa me aclama;
Yo ofrezco mis bienes sin causa ó razon!
Fortuna es mi nombre: la gloria y la fama
Mis hijas, mis siervas, mis súbditas son.



Si el áureo camino que marca en los vientos
Mi carro triunfante no dudas seguir,
Verás de mi alcázar los ricos cimientos,
Los muros preciados de plata y zafir.»

—«Yo doy en la tierra las dichas del cielo
A aquel que en su pecho me quiere abrigar.
¡Yo soy la Esperanza! divino consuelo,
Mis besos endulzan la hiel del pesar.»

—«¡Mentira! Tu gloria se trueca en quebranto:
En sueños tan solo derramas el bien.
La luz que yo presto disipa tu encanto,
Que miente al que sufre mezquino sosten.»

De tantas venturas y angélicos sueños,
¿Qué queda, Esperanza, si brillo ante ti?
Memorias amargas de amantes empeños,
Falaces visiones, cruel frenesí.

Mentido es tu brillo, tus goces quimera:
¡Aléjate presto, dolosa deidad!
Ven, niño, á mi templo, que allí el bien te espera:
Si ignoras mi nombre, yo soy la Verdad.»

—«Ceñimos coronas de mágicas flores;
Vertemos do quiera placeres sin fin;
En fértiles campos de raros primores,
Los goces brindamos de alegre festin.

Si quieres seguirnos con rápidas alas,
Del bien te ofrecemos el dulce licor;
Allá en nuestro templo de insólitas galas,
En nido de plumas se aduerme el Amor.»

—«¡Huid, torpes Vicios! no turbe su calma
Del bien que brindais el bárbaro ardid!
No impuros sembréis ponzoña en su alma,
Tended raudo el vuelo y al Báratro huid.
El cielo es mi alcázar, la gloria mi nido,
Yo velo del sueño la amable quietud,
Del duelo enojoso yo inspiro el olvido:
¡Ven, niño, á mi templo! Yo soy la Virtud.»

—«¡Yo soy la Alegría! El triste me invoca:
Sin tregua el destino volar me ordenó.
¡Feliz quien sus labios acerca á mi boca!
¡Feliz si me olvida quien ya me besó!
Mi vuelo es eterno: viajera mudable,
La via ya andada no huella jamás;
No espero al que triste me sigue incansable,
Y, sorda á sus ruegos, no miro hácia atrás.»

—«Amigo sincero del hombre, acompaña
Sus horas, y nunca me aparto de él:
Mi afecto le ofrezco sin dolo ni engaño,
Y voy tras sus huellas siguiéndole fiel.
Cual suele en el fondo de agudo veneno
Hallarse el origen de vida y salud;
Así en mí, quien triste me lleva en su seno,
Encuentra raudales de extraña virtud.
La fe del cristiano me llama la fuente
Que lava la mancha que imprime el error;
Quien fe no conoce me injuria inclemente;
El mundo en que habito me llama el Dolor.»

—«Volar sin concierto será tu destino,
Si alegre me sigues la vida al cruzar;
Ni abrojos, ni flores te ofrece el camino,
Sin luz y sin sombras le tienes que andar.

Si ignoras mi nombre, yo soy la Locura:
Jamás de los astros miré el resplandor,
Yo vivo sin pena, ni afán, ni ventura,
Ni siento rencores, ni olvido, ni amor.»

Después que así hablaron tendieron el vuelo,
Y viles lloroso los vientos cruzar;
Mis lágrimas tristes, mi pena y mi duelo,
Lograr no pudieron hacerles tornar.

Mi voz amorosa los aires hendía,
Su vuelo ligero seguir anhelé,
Ansiando estrecharles con loca alegría,
Tendiles los brazos.... ¡y el aire estreché!

¡Ay, triste! que hoy corro, siguiendo las huellas
De aquellos fantasmas hermosos que vi;
Y dando á los vientos amargas querellas,
Atiendo, aunque en vano, las voces que oí.

Mil Genios cercaron mi lecho de niño,
Promesas me hicieron de rico primor;
Mas ya no recuerdo su porte ni aliño,
Ni cuál me ofreciera la dicha mayor.

Así, que camino con rápido vuelo,
Sin guía, ni abrigo, sin tregua, ni paz;
Y nunca, ni en nada se sacia mi anhelo,
Y nuevos espacios recorro fugaz.

Del duelo á la pena, del bien adorable
Al mal corro incierto con loca inquietud ;
Y cruzo en mi empeño con rumbo mudable,
Los reinos opuestos de Error y Virtud.

¿Está en la Esperanza la ansiada ventura?

¿Está en los furores del duro Rencor?

¿Acaso la guarda la ciega Locura ,

La humilde Pobreza, ó el cándido Amor?

¿La cierra en su alcázar la vana Fortuna?

¿Acaso los Vicios abrigo la dan?...

¿Cuál Genio de aquellos que he visto en mi cuna

Dará bondadoso consuelo á mi afan?

Fantasmas falaces que he visto en mis sueños ,

Y en vano intranquilo pretendo encontrar ,

¿Por qué despertando mis locos empeños ,

Me hicisteis promesas de encanto sin par?

¡Venid nuevamente con alas veloces ,

Mi frente ardorosa besad otra vez ;

Decid las promesas de mágicos goces ,

Que oyera en mis horas de amable niñez!

¿Habita, Esperanza, la dicha en tu seno?

¿Está en tus furores, airado Rencor?

¿La encierra, Pobreza, tu albergue de heno?

¿O acaso tu templo, seráfico Amor?

¡Decidme qué esfera será aquella en donde

Veré refulgente mi dicha lucir!

Qué mundo, á mis ruegos ingrato, la esconde,

O cuál es la via que debo seguir.



ANACREÓNTICA.

Junto á la fuente clara
que entre azucenas corre,
bajo el ramaje verde
del escondido bosque,
y sobre el césped tierno
bordado en lindas flores,
quiero pulsar la lira
de melodiosos sonos,
y dar al blando viento
mil cánticos de amores.

Ven, Laura, vida mia,
y escucha mis canciones,
é inspírenlas dulzura
tus célicos primores.

No temas que envidiosas
de tu primor las flores,
las fuentes de tus risas,
las aves de tus voces,
te nieguen su ambrosía
sus trinos y rumores.

Mas antes lisonjeras
á darte se disponen
perfumes y cantares
como graciosos dones,
y á celebrar tus gracias
al son de mis acordes,
las flores y las fuentes
y pájaros del bosque.

PROMESAS.

Laura bella, vírgen pura,
por quien padezco mis ansias:
Si te apiadas de mi lloro,
si me atiendes, si me amas,
tendrás cuanto hay bello, unido
al puro amor que me embarga.

Si no bastan á rendirte
los suspiros de mi alma,
ni el fuego puro y eterno
en que mi pecho se abrasa,
yo te daré más tesoros
que el Ganges lleva en sus aguas.

Tendrás palacios de concha,
trasparente china y nácar,
con sus puertas de zafiro,
sus columnas de esmeraldas,
su pavimento de vidrios
de luz refulgente y varia.

Tendrás baños contruidos
de mármoles de Carrara,
ricas aguas confundidas
con perfumes de la Arabia,
á la fresca y grata sombra
de mil palmeras del Africa.

Tendrás extensos jardines,
con grutas de olmos y hayas,
y rosas de Benarés
de embriagadora fragancia,
gratos aromas sabeos,
ricos perfumes del Asia.

Arabescos minarettes,
con rejas de oro y de plata,
en mil búcaros chinescos
te darán flores preciadas,
de rubies matizados
con marfiles de la Arabia.

Diamantes de Calicut
adornarán tu garganta,
lindas perlas del Golconda
tu cabellera rizada,
y tus manos hechiceras
guantes de pulido ámbar.

Cien esclavas del Mogol,
ante tu faz inclinadas,
en moriscas chirimías
te darán música grata,
y otras cien te ceñirán
con olorosas guirnaldas.

Tendrás caballos veloces
de portentosa pujanza,
ligeros como los cierzos
que en el desierto rebraman,
como las chispas de fuego
que de las nubes se escapan.

Mas ¡ay! perdon, Laura mia,
si son mis promesas vanas!
¡Pobre poeta, no puedo
presentar ante tus aras,
sino mi lira querida,
y mi enamorada alma!



À UN NIÑO EXPÓSITO.

SONETO.

No pudo madre ser, débil criatura,
La que á la ley de amor indiferente,
Al acaso arrojándote inclemente,
Su seno te negó de roca dura.

La que ufana en su bárbara locura,
Sorda, impasible á tu gemir doliente,
Cruel grabó sobre tu tierna frente,
De su mismo baldon la mancha impura.

La que, falaz, mirándose culpable,
Para encubrir su impúdico delito,
Te apartó de su seno inexorable,

Y sorda de natura al santo grito,
Madre no pudo ser!.. ¡Monstruo execrable,
Del mundo odiado y de Gehová maldito!

CANTINELA.

Zagala hechicera
que cruzas el llano,
gentil cual se mece
la rosa en su tallo;
no más á mis quejas
tu pecho inhumano,
que es roca en lo duro,
si nieve en lo blanco,
se muestre impasible
cruel y tirano.

El ave que el niño
cautiva en sus lazos,
ó hierre inclemente
con dardos insanos,
jamás en el bosque
quedó abandonado:
le curan, le abrigan,
y vive, aunque esclavo,
gozando en su cárcel
caricias y halagos.

Y tú, más impía
que el niño inhumano;
tus dardos me arrojas,
me tiendes tus lazos,
y luego me dejas
llorar mis cuidados,
y no me acaricias
ni enjugas mi llanto.

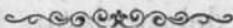
Cual ama la yedra
al olmo gallardo;
como aman las flores
al céfiro blando,
que besa apacible
sus débiles tallos;
como aman los peces
al mar azulado,
y al fresco rocío
las yerbas del campo...
así, mi zagala,
rendido te amo.

Cual sigue á la aurora
la luz del sol claro;
cual busca el acero
al punto imantado;
cual llama afanosa
la cierva al cervato....

así, mi zagala,
de amor abrasado,
do quiera te sigo,
te busco y te llamo.

Mi amor y mis quejas
apiádente al cabo!

Mis lágrimas tristes Y
enjuguen tus manos! que
Pues soy hace tiempo ant
tu siervo, tu esclavo, me
ofrécame en premio y
caricias y halagos: total
Y no á mis querellas y
tu pecho inhumano, in
que es roca en lo duro,
si nieve en lo blanco, al
se muestre impasible como
cruel y tirano. lo cello



CONFESION.

¡Pequé, oh mi Dios! Como la arista leve
que arrastra el viento en su veloz carrera;
como la nave que la mar aleve
lejos del puerto amigo abate fiera,
tal ¡oh mi Dios! arrebatado he sido
de tu alma ley al criminal olvido.

Como en pandilla audaz fieros halcones
se ceban en su presa inofensiva,
cebáronse en mi pecho las pasiones:
Hice mi alma del error cautiva,
y, dando al mal sobre mi fe victoria,
amé más mis delirios que tu gloria.

Me alucinaron los cristales bellos
de la fuente falaz que encubre el vicio,
y ansiando ciego embriagarme en ellos,
á su impuro raudal corrí sin juicio,
como el cervato que, en el bosque inculto,
corre hácia el lazo entre el follaje oculto.

De Satán á las leyes sucumbiendo,
olvidé tu Ley Santa en mi flaqueza,
y del deleite en el festin horrendo
el cáliz apuré de la impureza.
¡Esclavo fuí de su poder tirano,
y no abjuré de mi delirio insano!

Falaz mentí por coronar mi empeño,
oro y poder ambicioné sin tasa,
y la codicia perturbó mi sueño.
La sed que el pecho del avaro abraza
abrasó pertinaz el pecho mio,
y sometí á su imperio mi albedrío.

Con ávido mirar fijé mis ojos
en los agenos bienes, é iracunda
me dió la envidia pérfidos enojos.
Por ver saciada mi ambicion profunda
soñó mi afan la posesion del suelo;
y no la obtuve... ¡y blasfemé del Cielo!

Del mal en la corriente deleznable,
mísero y ciego navegué sin tino,
como átomo que el viento inexorable
envuelto lleva en raudo torbellino.
¡Esclavo de una dicha transitoria,
perdí la dicha de alcanzar tu gloria!

Mas ya mi corazon, hasta ahora yerto,
eleva en tus altares su gemido;
ya vuelve á Tí, como la nave al puerto,
y el cordero al redil, y el ave al nido.
¡No me muestres, mi Dios, la vista airada!
¡Acoge mi lamento en tu morada!

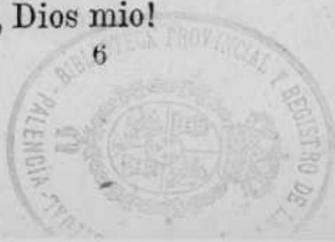
No más la envidia turbará mi calma,
no manchará mi labio la mentira,
ni en el abismo lanzaré mi alma
del torpe goce que Satán inspira.
¡Tú serás mi solaz, Tú mi contento!
¡Tuyos serán mi amor, mi sér, mi aliento!

Yo abjuro de mi error y mi locura,
del cieno inmundo en que viví hasta ahora,
de la execrable ceguedad impura,
del torpe vicio que el candor desflora.
¡Ay! pues mis culpas y pecados lloro,
¡tu amor me vuelve que rendido imploro!

Torna la res descarriada al hato,
y la acoge el pastor... Y Tú, Dios mio,
cuyo rebaño abandoné insensato,
hoy que volver á tu redil ansío,
hoy que por siempre dejo mis errores
¿saciarás en tu oveja tus rencores?

¡Ah! no, mi Dios. ¡De mi dolor insano
muévate la crueldad y la fiereza!
¡Muéstrate en tus perdones soberano,
cual me mostré mezquino en mi flaqueza!
¡Deja que lave mi pecado horrible
de tu amor en la fuente bonancible!

Tú ves mi contrición... Tú ves mi duelo,
ves cuál corren las fuentes de mis ojos,
ves mi amargura y mi cristiano celo,
ves cuál imploro tu perdon de hinojos...
¡Ay! ¡no de Tí me alejes con desvío!...
¡Perdon si te ofendí!... ¡perdon, Dios mio!



¡Fuente de salvacion, puerto de gloria,
asilo de bondad, númen de vida,
ansioso de la dicha intransitoria
en tu insólito amor busco acogida!
Hoy para siempre abjuro mis errores:
¡No sacies en tu siervo tus rencores!

¡Dame la fé con que te sigue el justo!
¡Dame la dicha de llorar mi yerro!
¡Toma mi vida que á tu amor ajusto!
¡No me dejes perdido en el destierro!
¡Ay! ¡no de Ti me arrojes con desvío!
¡Perdon si delinquí!... ¡perdon, Dios mío!

A UNA NIÑA
MADRIGAL.

De ardiente sed mi Filis acosada
bajó á la limpia fuente,
y su boca hechicera y sonrosada
bañó del agua en el cristal bullente.

Llegó la fuente al mar, y enagenada
dijo, al mirar sus mágicos corales:
—«¡Más bellos se han bañado en mis raudales!»

A UNA NIÑA.

ROMANCE.

Cuando alegre y placentera
al prado florido bajas,
á contemplar los primores
de las flores perfumadas;
ó en la marina ribera
vas buscando entre las algas
las piedras de mil matices
ó las conchitas de nácar;
ó bien si desde la márgen
de la fuente limpia y clara,
observas, cuando te inclinas
sobre el cristal de sus aguas,
lo mismo que en un espejo
tu linda faz retratada;
muchas veces te he escuchado
que, del primor encantada
del mar, la fuente y las flores,
con cierta pena exclamabas:
—«¡Pór qué no siempre la fuente
»tan cristalina se arrastra?...
»¡Por qué la flor se marchita,
»y la mar pierde su calma?...»

Pues si al ver la fuente turbia,
y la mar fiera y airada,
y la flor marchita y seca,
tu corazon se apesara,
cuando las lluvias descienden,
ó el viento iracundo brama,
ó del sol el vivo fuego
las yerbas del campo abrasa,
aprovecha esas lecciones,
con que elocuentes te hablan,
y el cuadro que te diseño
por siempre en tu pecho graba.

Las flores que en los pensiles
gratos aromas exhalan,
y á los besos de las brisas
mecan sus copas gallardas,
pronto al rigor del Estío
se inclinarán marchitadas,
y se secarán sus hojas
del sol á la ardiente llama.

Así los plácidos sueños
que florecen en la infancia,
cuando inocentes placeres
llenan de júbilo el alma,
al fuego de las pasiones
se marchitan y se abrasan.

Ahora la fuente apacible
murmuradora se arrastra,
besando aquí el fresco lirio,
allá la azucena blanca,
que reproduce en su fondo
el espejo de sus aguas.

Así en el alma inocente
de la virgen pura y cándida,
de los Angeles del cielo
la pureza se retrata.

Mas luego que el frio invierno
sus fuertes lluvias derrama,
y cubre de blanca nieve
las cimas de las montañas,
se despeñan los torrentes,
que airados al llano bajan,
y enturbian con sus raudales
la fuente límpida y clara,
como se enturbian las horas
que hace la inocencia gratas,
cuando al contacto del vicio
nuestra pureza se mancha.

La mar se aduerme serena,
y cuando su orilla baña,
lisonjera y cariñosa
con blandos besos la halaga.

Así la conciencia pura
se aduerme feliz y en calma,
acariciando risueña
celestiales esperanzas.

Mas pronto la mar se agita,
por el huracan hinchada,
y arrolla la arena débil,
y azota las peñas altas,
y al viento arroja su espuma
que el viento lleva en sus alas.

Así insensatos deseos
en nuestra mente se exaltan,
así febriles pasiones
en nuestro pecho batallan,
y turban nuestro sosiego,
y al mal tal vez nos arrastran,
cuando á sus fieros embates
no es la virtud fuerte valla.

¡Que nunca la flor hermosa
de tu inocencia preciada
marchite el cálido fuego
de las pasiones insanas!

¡Que nunca enturbien falaces
tu pureza inmaculada
los torpes y odiosos vicios
que la candidez empañan!

¡Que nunca insanos deseos
fieros tu pecho combatan!

Y así vivirás dichosa,
cual la fuente, siempre clara,
como la flor, siempre hermosa,
y como el mar, siempre en calma.



ANACREÓNTICA.

Sediento llegué un día
á un arroyuelo manso,
y de sus aguas puras
en los raudales gratos
bañé con ansia loca
mis encendidos labios.
De entonces á sus aguas
me llego sin descanso,
y más, cuanto más bebo,
de ardiente sed me abraso.

Que aquella fuente pura,
aquel arroyo claro,
fué tú rosada boca,
fueron tus dulces labios;
y ansioso de tus risas,
y de tus besos ávido,
por más que de sus mieles
sin tregua bebo ufano,
hidrópico mi pecho
jamás se mira harto.



DICHAS MENTIDAS.

¡Ah del viajero!... ¡Atrás! ¿A dónde giras,
sin ver que vas tras de tu propio daño?
¿Cuál es la dicha á que insensato aspiras?
¿Fortuna?... ¿Gloria?... ¿Amor?... ¡Dulces mentiras,
que ha de agostar el triste desengaño!

¡La Gloria! vision mentida,
ensueño, sombra ilusoria,
de la muerte precedida!...
¡Cuesta tan cara la gloria,
que se compra con la vida!

Por eso yo no me afano
tras ese fantasma vano.

Si un impostor en su enojo
puede mi nombre á su antojo
pueda alzarme á contestar
á su inhumana impostura:

Y si el mundo veleidoso
puede creer en mi daño,
del bajo impostor, odioso,
la injuria vil y el engaño:
¿Qué valdrá, pues, mi virtud,
contra inícuos detractores;
ni qué mi solicitud
por ganar famas y honores?...

Detente, que loco vas
tras de una sombra ilusoria.

¡Atrás, viajero, atrás...
que cuesta mucho la gloria,
y es insegura además!

Arena sin base alguna,
que el viento eleva ó allana
con veleidad importuna...

Hé aquí la Riqueza vana:
un juego de la Fortuna.

¿Y habré de correr sin tino
por tan movible camino?

No, que insaciables anhelos
aumentaron mis desvelos:
desgraciados

hará mis dias el oro,
pues me dará más cuidados
que placeres mi tesoro.

No, no quiero que me espante
la envidiosa enemistad,
ni sufrir la veleidad
de la Fortuna inconstante:

Pues si una vez rico fuí,
y pobre y mísero quedo,
pobres y ricos, sin miedo,
harán escarnio de mí.

Detente, si loco vas
tras la mudable Fortuna.

¡Atrás, viajero, atrás...
que al fin, juguete serás
de su inconstancia importuna!

Amor... ¡locura! En la vida
el que más ama, más yerra.
Es verdad harto sabida,
que al que se muere... se entierra,
y al que se ausenta... se olvida.

Por esta misma razon,
cerrando mi corazon
á más amantes anhelos,
y evitando mil desvelos
á mi alma,
me propongo en adelante
vivir tranquilo y en calma,
sin ser ni amado, ni amante.

Pues si el premio que se da
al que odia, como al que quiere,
es olvido si se va,
y sepultura si muere:

Yo, en paz y en calma viviendo,
tambien al tiempo cumplido
ganaré yéndome, olvido,
y sepultura, muriendo.

¡Atrás; si vas en tu ardor
tras el Amor fementido!
¡Atrás, atrás, por favor!
Pues sepultura y olvido
son el premio del Amor.

¡Ah del viajero!... ¡Atrás! que ciego giras
con torpe afán tras de tu propio daño!
¡Ya verás que el placer que loco aspiras
son delirios no más, dulces mentiras,
que en hiel convierte luego el desengaño!

ANACREÓNTICA.

Me encanta con sus luces
la aurora placentera;
la noche silenciosa
con su mudez me apena.

Mas si la aurora nace
cuando de mí te alejas,
doliente y apenado
miro sus luces bellas.

Y si al venir las sombras
estás, mi Laura, cerca,
admiro de la noche
las lóbregas tinieblas.

Porque mi pecho amante
encuentra donde quiera
el dia si me sigues,
la noche si te ausentas.



LA LUZ DE SUS OJOS.

SONETO.

Triste piaba un pajarillo, un día
Que de mi Laura en el jardín florido,
Solo, y ausente del plumoso nido
Se vió acosado de la lluvia fría.

De rama en rama prestó discurría,
Piando temeroso y condolido;
Vió abierto un mirador, voló atrevido,
Y osado entró donde mi bien dormía.

Los claros ojos que el pesar no abrumba,
Abrió mi Laura, fúlgidos y bellos;
Y alegre el ave, y con presteza suma,
Creyendo ver el sol en sus destellos,
De sus alitas la mojada pluma
Quiso extender, para enjuagarla en ellos.



Y presa de acervo duelo
prosigo andando, y andando,
lleno de ansioso anhelo,
mis amarguras llorando,
sin hallar ningún consuelo.

EL ÚLTIMO ASILO

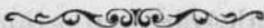
Un alcázar... ¡qué grandeza!
este es el palacio en donde
mora la altiva *Riqueza*:
Llego, llamo... no responde,
y me alejo con tristeza.

Otro alcázar... su primor
me augura venturas ciertas.
¡Abrid, abrid, por favor!...
Mas ¡ay! que también sus puertas
me cierra esquivo el *Amor*.

Libando toda la hiel
de mi desgracia notoria,
miro un templo, corro á él...
y antes que llegue al dintel
sus puertas cierra la *Gloria*.

Y presa de acerbo duelo
prosigo andando, y andando,
lleno de afanoso anhelo,
mis amarguras llorando,
sin hallar ningun consuelo.

Llego á otro templo... vacilo...
llamo al fin con mano fuerte...
y en él descanso tranquilo.
¡Siempre halla el pobre un asilo
en el templo de la *Muerte!*



EL CIEGO.

En la puerta de un palacio
y al compás de su guitarra,
así en noche tormentosa
un pobre ciego cantaba:

—«Triste, solo y desvalido,
mi pobre vida se arrastra
en un valle de dolores,
en un piélago de lágrimas.

Sumida en la lobregez,
como mis ojos, mi alma,
triste vive, y triste llora
el fiero mal que la amarga.

Siempre en mi oído resuena
el eco de las cantatas
de los que viven felices
y en goces mil se embriagan:



Mas yo si mi canto elevo
es para llorar mis ansias,
pues son suspiros ocultos
las notas de mi guitarra.

¡Ay Dios! ¡qué fuera del pobre,
sin el pan que ofrece santa
la caridad á sus labios,
sin las cariñosas almas!...

¡Ricos, cuya alegre vida
entre placeres se pasa,
no olvidéis que hay quien suspire
al compás de vuestras danzas!

¡Dad limosna al pobre ciego,
cuya existencia se arrastra
en un camino de espinas,
en un piélago de lágrimas!»

Calló el ciego: y al compás
del huracan que silbaba,
y al murmullo de la lluvia
que azotaba las ventanas,
se oyó una voz que salia
de la suntuosa estancia,
elevando esta cancion
entre vivas y algazara:

*El licor espumoso
llene las copas,
al vibrar de los besos
de las hermosas.*

*¡Dejad la pena,
y el vino y los amores
nuestro dios sean!*

*Mientras el mundo llora
reid vosotros,
y brindad á las bellas,
de amores locos.*

*¡Viva la orgía,
y estos ojos ardientes
que ora me miran!*

*¡Brindad, compañeros,—brindad placenteros!
Los puros licores,—las bellas y amores
serán nuestro dios.*

*De locos placeres,—de hermosas mujeres,
de ardientes caricias,—de amor y delicias
corramos en pos.*

Volvió el ciego á su cancion,
volvió á llorar sus desgracias.—
—«¡Dad limosna al pobre ciego,
que anciano y solo se halla!»

Y otra vez la misma voz
interrumpió su plegaria,
al son de la alegre bulla
de la placentera danza.

Y un ángel, la Caridad,
plegando sus tenues alas,
acércase al pobre ciego,
y así doliente le habla:

—«¡Ay! no esperéis que esos hombres
que en el goce se embriagan,
su saturnal abandonen
por oír vuestras plegarias.

Los besos de sus mancebas
y el delirio de sus danzas,
ahogan los tristes sonos
de vuestra pobre guitarra.

¡Id con Dios, y en Él fijad
tan sólo vuestra esperanza;
que la piedad no florece
allí donde el vicio arraiga!»

El ciego calla su queja,
mueve su insegura planta,
y con mano temblorosa
se enjuga una triste lágrima.

Se aleja, y entre el estruendo
de la lluvia y la algazara,
se van perdiendo, perdiendo,
los ecos de su guitarra.

SONETO.

Á UNA INGRATA.

Tú, que, impasible á mi penar impío,
E indiferente siempre á mis clamores,
Me hieres con desdenes y rigores,
Y mis caricias pagas con desvío:

Si hoy desoyes, cruel, el ruego mio,
Mañana, cuando ceda á los furores
De mi dolor tenaz, de mis amores
Verás la prueba en mi sepulcro frio.

No bastará que entonces condolida,
Llores con pena allí mi infausta suerte,
Y recuerdes mi amor compadecida:

Pues si á la calma de tu pecho inerte
Se rompe el hilo de mi triste vida,
¿Remediarán tus lágrimas mi muerte?...

ANACREÓNTICA.

Hallábame escondido
detrás de unos rosales,
mirando si hacía el lazo
que yo oculté con arte
á orillas de la fuente
venian las torcaces,
cuando mi pastorcilla
se acerca rozagante,
y al allegar sus labios
del agua á los cristales,
su breve pié prendido
quedóse entre el follaje.
Volvióse sorprendida,
y en vano en sus afanes,
romper queriendo el nudo,
luchaba por soltarse.

Risueño y compasivo
salí yo en el instante,
y dí á su pié cautivo
la libertad amable.

Mas ella, agradecida,
me dijo:—«Aunque desates
el lazo que en la fuente
tendiste á las torcaces,
el que á tu amor me liga
solicita y constante,
ni tú, ni la fortuna,
ni el mal, ni los pesares,
ni el tiempo... ¡ni la muerte
pudieran desatarle!»

LETRILLA:

¡Me chocan, me admiran
mil cosas que pasan!
Por más que cavilo
mi mente se afana,
se aturde, se embrolla,
se agita, se cansa,
y, en fin, se fatiga,
se rinde y se atasca,
y no ve el busilis,
ni el motivo halla,
ni encuentra el origen,
ni acierta la causa,
ni da en el misterio
de cosas tan raras.

¡Chsss!... ¡Chiton!
que es vicio muy feo la murmuracion.

Mirad á Casilda:

¡qué talle! ¡qué cara!

¡qué boca! ¡qué ojos!

¡qué chiste! ¡qué gracia!

¡cuidado si es linda!

¡por cierto que es guapa!

¡y viste y se adorna

con mucha elegancia!

Botita lustrosa,

sombrero á dos faldas,

tocado á la griega,

sombrero de Italia...

La calzan en Lóndres,

la visten en Francia.

Mal haya, señores,

si tiene una blanca,

ni minas en Chile,

ni hacienda en la Habana,

ni tios en Indias,

ni un censo en España...

¿Pues cuál es la fuente

del lujo que gasta?

Tocante á este punto

no sé una palabra.

¡Chsss!... ¡Chiton!

que es vicio muy feo la murmuracion.

Allá va Quiteria,
la humilde beata,
doncella del tiempo
de *Mari-castañas*,
que tiene en la villa
olores de santa.
De casa á la iglesia,
de la iglesia á casa,
sin otras salidas,
sin otras entradas...
¡Cualquiera creyera
que goza *la gracia!*
Pues entra de noche
por su puerta falsa,
quién, cuando ella reza,
su rezo acompaña:
Y las cuentas negras
del rosario pasan...
y en éxtasis místicos
se están hasta el alba.
Serán devociones
muy buenas, muy santas;
pero no me gustan
veladas tan largas.

¡Chsss!... ¡Chiton!
que es vicio muy feo la murmuracion.

Ahi tienen ustedes
á Toribio Vargas,
y al buen Cirineo,
su amigo del alma:
amigo tan bueno
que suple sus faltas,
es decir, que ayuda
á sacar su casa,
dándole dinero
que Vargas no paga.
Los hijos que tiene
com-padre le llaman;
y al buen Cirineo
ni el nombre le falta,
para ser quien lleve
á medias su carga...
su cruz decir quise,
y enmiendo la errata.
Si esto es por Toribio,
ó sólo por Clara,
la bella consorte
del amigo Vargas,
dígalo quien sepa
lo que en ello pasa,
que en vidas ajenas
no entiendo yo nada.

¡Chsss!.... ¡Chiton!—

que es vicio muy feo la murmuracion.

Ahí va *don Antero*;
sirvió una aduana,
y diz que en los fondos
metió hasta la manga.
Sopláronle el hecho,
formáronle causa,
quitóse de juegos
y fué á Granada,
y libre y sin costas
volvióse á su casa.
Cesante y sin sueldo
está *desde marrás*;
mas él luce coches,
él triunfa, y él gasta,
se da buena vida,
y ostenta, y viaja.
No sé si fué justa
ó injusta la causa;
mas sí que el Antero
jamás tuvo blanca,
y hoy eclipsa el lujo
y el tren de su casa.
Este y otros muchos
misterios que pasan,
hacen que me admire,
y no halle la causa,
ni encuentre el busilis
de cosas tan raras.

¡Chsss!... ¡Chiton!
que es pecado feo la murmuracion.

LA VERDADERA DICHA.

SONETO.

No en la riqueza busco la ventura,
Ni en el laurel de inmarcesible gloria,
Ni en la delicia vaga y transitoria,
Con que falaz nos brinda la hermosura.

Goces me brinda, ofrécame blandura
la dicha terrenal, siempre ilusoria;
Mas mi alma en su fe se vanagloria
Y hallarla en la virtud sólo procura.

Que el rico teme azares de la suerte,
Dolo ó envidia el que la gloria sigue,
Ingratitud del tiempo la belleza...

Este dolo, aquel ruina, todos muerte;
Más siempre en vano á la virtud persigue
Del tiempo, envidia ó suerte la fiereza.

A MI AMIGO X...

SONETO.
EPISTOLA.

¿Culpas, oh amigo, mi silencio? ¿Dudas
del tierno amor que mi alma te profesa,
porque hace tiempo mi amigable acento
no turba el aire, ni mi rudo canto,
tan dulce para ti, llega á tu oído?

Es cierto, sí: pendiente de un abeto
de aquella selva umbrosa, do solia
extasiado cantar, mi lira yace,
marchitas ya las flores que ciñeron
sus brazos de marfil; y sólo vibra
cuando el airado viento la estremece,
arrancando á sus cuerdas un acento
sólo á un gemido triste comparable.

Siempre han sido los sonos de mi lira
ecos del corazón: cual se retrata
en el terso cristal de una laguna
el cielo, ya sereno, ya velado
por nebulosas brumas, de igual modo
se refleja mi alma en mis cantares,
tristes como ella, ó como ella alegres.

Un amargo dolor mi pecho embarga,
que hace que el llanto mis mejillas surque,
y á enmudecer á mi pesar me obliga.

Empero, ¿tú lo quieres? yo mis lágrimas
sabré secar en mis cansados ojos,
áun cuando gota á gota destiladas
bañen mi corazón cual lava ardiente.

Yo cantaré melifluas armonías
dulces como el placer; cantos tan tiernos
como el sonoro arrullo con que aduerme
la madre al tierno infante, y más sencillos
que los primeros sueños de una virgen,
cuyos dormidos labios temblorosos,
por la primera vez *amor* pronuncian.

¡Dadme vuestro laud, Ninfas del Pindo!
Haced, Nereidas, que en mis manos sea
émulo de la lira con que Orfeo
del negro Erebo conmovió las ondas.

¡Sus! A cantar. Ya siento en mi cerebro
surgir la ardiente brilladora llama
de altiva inspiracion. Ya loco ansío
tender las alas, y con raudó vuelo
cruzar el aire, rápido, cual suele
el rayo abrasador; volar ligero,
y, esferas infinitas traspasando,
perderme allá, do á mi mirar se esconde
otro mundo que sueña mi delirio.

Sí; quiero hollar con atrevida planta
la cima de las nubes gigantescas;
mecerme donde el sol sin tregua gira,
bañando el universo con su lumbre;
tocar con mano osada de su fuego
el eterno volcan, que al orbe alienta,
y, envuelto entre sus rayos, elevarme
hasta besar la mano poderosa
que le presta su luz: Quiero á esa mano
pedir la llave que el secreto encierra
de la creacion, y abriendo la ferrada
puerta de los misterios, hoy velados
á la mezquina humana inteligencia,
robar á la natura sus arcanos,
y pregonarlos con sublime acento
del Oriente al Ocaso.

.
. Más, ¿qué triste
apenado gemir viene importuno
á herir mi corazon?... No es más amargo
el ¡ay! del moribundo, cuando cerca
al abierto sepulcro que le llama,

el ardiente volcan: La que otro tiempo
de sus claros blasones llenó el mundo;
la que eclipsó del sol el claro brillo
con el glorioso brillo de sus hechos.

Mírala, España es: y hoy sola, triste,
deshecho su poder, rotos los altos
blasones que otro tiempo tremolara,
herida, lacerada, en abandono,
sufre, llora, fallece, y de sus ayes
puebla el espacio, y á su triste queja
no contesta una voz consoladora
cual eco cariñoso. ¡Oh, España! ¡oh, patria
de la virtud y del valor! ¡oh, madre
de tan altos, tan ínclitos varones
como te dieron prez! ¿Qué es de tus hijos?
¿Dónde yacen aquellos que de Roma
la altivez abatieron? ¿los que un día
leyes dieron al mundo? ¿los que á Arauco
pusieron con la espada duro yugo?
¿los que siguiendo al que llamaron loco
los padres de las ciencias, revelaron
al viejo mundo *un mundo nuevo*, en donde
la ignorancia tan sólo vió el vacío?
¿los que quemaron las veleras naves
que la vuelta á la patria les brindaban,
é implantando en las vírgenes regiones
de la fértil América tus usos,
tu ley, tu religion y tu lenguaje,
de ella hicieron la joya más preciada
de la rica corona de Castilla?
¿Dónde yacen aquellos que en Lepanto

las otomanas flotas deshicieron
con arrojo sin par? ¿los que de Italia
y Flandes abatieron el denuedo,
y humillaron al galo allá en Pavía?

¿Los que en Bailen hiriendo los primeros
la victoriosa frente del gigante,
nuevo Alejandro del presente siglo,
prepararon su ruina y su caída?

.....
.....

¿Dó están?... Mas ¡ay! que en su fatal delirio
han vuelto contra ti sus propias armas,
ciegos en sus contiendas fratricidas!

¡Oh, patria mia! en tanto que tus hijos,
olvidando aliviar tu duelo acerbo,
abran con sus discordias nuevas llagas
en tu afligido pecho, ¿quién tus males
logrará mitigar? ¡Ay de tí, España!
¡Ay de ti, si la luz clara y radiante
de la verdad no alumbra tu horizonte,
y ahuyenta el negro luto y la miseria
que tu sangriento horóscopo predice!

¿Cómo cantar? ¡Ah! no: tomad la lira,
romped sus cuerdas de dorados hilos;
destejed la guirnalda de violetas
que la ciñe, y de sauces y cipreses
y negros tules revestid sus brazos.

La patria llora, amigo; sus gemidos
han llegado hasta mí. No más cantares,
que simulan los sonos de mi lira
gemidos de agonía, y los acentos
de mi insegura voz quejas amargas.

No más cantar cuando la patria gime.
Yo arrojé mi laud en el olvido;
y hasta que un día, con sonoros himnos,
celebre su feliz renacimiento
á la perdida paz y á la ventura,
sellado y mudo quedará mi labio.

LELIA.

I.

Lelia, la apuesta doncella,
que como flor entre abrojos
entre las bellas descuella,
vivió alegre y vivió bella,
agena á fieros enojos.

Sin inhumanos dolores
creció, y sin crudos anhelos,
vertiendo do quiera amores,
causando á las mozas celos,
y envidia dando á las flores.

Mas alguien su dicha ufana
fieramente la robó,
que la luz de una mañana,
una lágrima temprana
en sus ojos descubrió.

Junto á la fuente sonora,
que de pintarla se engrie,
no juega la niña ahora,
ni ya dichosa sonrie,
sino que apenada llora.

Y aunque el llanto abrasador
su rostro de nieve baña,
tan extraño es su dolor,
que no marchita ni empaña
su sonrosado color.

Pues cuando gime llorosa,
parece su llanto impio
sobre su mejilla hermosa,
frescas gotas de rocío
en el seno de una rosa.

En su dolor inhumano
va entre las flores que ufano
mece el viento en varios giros,
á ocultar su duelo insano
lanzando amargos suspiros.

Ignora su madre, ignora
cuál es la pena traidora
que ocasiona sus enojos,
mas ve llorosos sus ojos,
y al ver sus lágrimas llora.

Y ve también que el primor
del bello jardín no impide
de su amargura el rigor,
y así amorosa la pide
razones de su dolor.

II.

—Lelia, ¿por qué si el carmin
tus mejillas engalana,
sin dar á tu llanto fin,
te vienes cada mañana
á suspirar al jardín?

No sé que la rosa muera
sin que agoste su primor
el cierzo ó la lluvia fiera;
ni sé que haya un mal que hiera
que no marchite el color.

Y debe una pena impía
herir sin duda tu pecho,
pues te he sentido, hija mía,
llorar de noche en tu lecho,
como en el jardín de día.

¿Dó nace el llanto que riega
tu faz y tus labios rojos?
¿ó cuáles son tus enojos,
que aunque tu rostro los niega,
los van diciendo tus ojos?

Porque, aunque busco tenaz
la causa de tu afliccion,
no comprende mi razon
que esté lozana tu faz,
si sufre tu corazon.

—Madre, en vano su quebranto—
mi alma en velar se afana,
que mi memoria inhumana
trae á mis ojos el llanto
y á mis mejillas la grana.

Y sin que de su rigor
mi empeño la saña venza,
me da un recuerdo traidor,
las lágrimas del dolor,
y el carmin de la vergüenza.

Sufro una pena traidora,
aunque lozana aparece
mi faz, mas mi pecho llora,
que el mal que mi faz colora
mi corazon palidece.

—¡Recuerdos de amor, acaso,
ocasionan tu tormento!...—
—¡Tocó el amor á su ocaso,
mas en el fuego me abraso,
de un crudo remordimiento!»

—Juraste quizás!...—¡Ay! sí.
—Y á tu juramento infiel...—
—¡No, madre, que infiel no fuí;
mas dulces prendas le dí,
que luego olvidó cruel!

—¡Prendas diste!...—¡Ay! de hinojos
mil ternezas me decia
con lágrimas en los ojos,
y sólo imprimir pedia
un beso en mis labios rojos.

Su acento sensible y blando
iba minando, minando
mi corazon, y confieso
que al verle, madre, llorando,
no pude negarle un beso.

Y no esquivando su ruego
le dí un beso... y dos... y tres...
y por volverle el sosiego
otro beso... y otro luego!...
y no sé cuántos despues!

— ¡Y en mengua de tu pudor
pudiste, necia, vencerte
contra la voz de tu honor!

— ¡Ay! si gritaban más fuerte
sus lágrimas y mi amor!

— ¿Y hasta dónde la osadía
llegó del amante audaz?...

— Sólo hasta aquí, madre mia;
pero me olvidó falaz
desde aquel infausto día.

— ¡Ay! desde entonces perdi
del sueño la dulce calma,
y voy sintiendo ¡ay de mí!
que los besos que le di
me van abrasando el alma.

Su recuerdo me mancilla,
sin que un solo instante venza
este pesar que me humilla,
porque tiñe mi mejilla
el carmin de la vergüenza.

Aunque lozana aparece
mi faz, que el rubor colora,
¡ay! mi corazón padece,
y poco á poco fallece
á su amargura traidora.

III.

Y Lelia llora doliente,
y en el seno maternal
inclina triste la frente,
como la flor sonriente
que se abate al vendabal.

Y con caricias de amor
la consuela en su dolor
la madre, que clama en vano:
—¡Calma en mi seno el rigor
de tu pesar inhumano!

—¡Ay! ¡¡es tarde!! (en su agonía
Lelia responde) ya fría
la muerte acude á mi duelo...
Si Dios no me niega el cielo,
hasta... el cielo... madre... mi...a!!

(Conclusion.)

—¿Por qué llevais la doncella
en enlutado ataud,
si va sonrosada y bella,
y en sus mejillas destella
la vida en su plenitud?...

—¡Es Lelia, Señor! ¡va muerta!...

—¡Fuera locura bien cierta
que va muerta discurrir!
Parece que va despierta,
peró que finge dormir.

¿Qué indica esta farsa extraña?

Duerme: dudarle es locura.

—¡Ay! no duerme, que os engaña
su inalterable hermosura
y el carmin que su faz baña!

—¿Llevais la burla adelante?

No habrá quien mi duda venza,
pues la afirma su semblante.

—Es que murió... ¡de vergüenza
de haber besado á su amante!

Y sigue la multitud
conduciendo la doncella
en enlutado ataud,
aunque en su rostro destella
la vida en su plenitud.

FABULAS.



Y sigue la multitud
combiendo al obispo
en estado de
andar en su estado
la vida en su plenitud.

— Por qué llevas la doncella
en estado de
si va con ella y ella,
y en sus mejillas destalla
la vida en su plenitud?

— ¡Es Lela, Señor! va muerta.
— ¡Fue la locura bien cierta
que va muerta, Señor!
~~~~~  
Parece que va despierta  
para que luego dorma.

— ¿Qué indica esta forma extraña?  
Duerme: durarlo es bueno.  
— ¡Ay! no duermes, que es engaña  
su inalterable hermosura  
y el camino que en ella

— Llévate la vida muerta?  
No habrá quien ni duda venga,  
para la alma su suculante,  
— ¡Es que muerta, de vergüenza  
de haber nacido en su estado!





---

## FABULA PRIMERA.

### EL CARACOL Y LA HORMIGA.

Cierto caracol cogió  
un chicuelo atolondrado,  
y en una mesa empinado  
hasta el techo lo elevó.

Orgullosa en demasía  
al verse en tan alto puesto,  
con un tonillo indigesto:  
—«¡Cómo he subido!»—decía.

Pero una hormiga le oyó,  
y así atrevida le dijo:  
—«Vuestro necio regocijo,  
¿cómo y de dónde nació?»



¿Qué mérito ha contraído,  
ni qué saber ha mostrado,  
por el cual haya ganado  
ese puesto inmerecido?

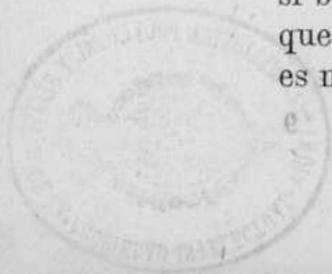
¡Cállese! que causa empacho  
que necio de él blasoneis,  
siendo así que lo debeis  
al capricho de un muchacho.»

Cansado en esto el rapaz,  
y tirándole el pañuelo,  
hizo que, cayendo al suelo,  
se despeñara el audaz.

A la hormiga condolió  
la suerte del presumido;  
mas llegóse al oído  
y estas palabras le habló:

—«El que por propio valer  
quiere la cumbre escalar,  
tarda, sí, mucho en llegar,  
pero más tarda en caer.

Vuestra suerte merecida,  
si bien duramente, os prueba,  
que cuando el capricho eleva  
es muy fácil la caída.»



Juan, si de la suerte en alas,  
y sin dotes ni talento,  
la cumbre del valimiento  
y de la riqueza escalas,  
no con arrogancia ciega  
blasones en parte alguna,  
que es un chico la Fortuna,  
que con los mortales juega.

No sé si por fortuna ó por desventura

que en esto están discorde los cronistas

había en el corral de María-Gracia

dos gallos, pertinaces cancionistas

que á cual más belicoso á cual más fiero

luchaban por recibir el gallinero.

Sintiéndolo un día su amonición de mando

su sed de altanería más rabiosa,

se encuentran vis-á-vis escarabando;

cantan al par pateando el ala berosa,

se miran fieros, en cantar insisten

torran y van, hasta que al fin se empuñan.

Antes corral alguno más festivo

de más odiosa guerra se arremeten

se pican una vez, y dos, y cuarto...

se acibillan, se sajan y acometen;

y éste brinca, y aquel salta, el otro vuela

sin dar descanso al pico ni á la espinela.

FABULA II.

LOS DOS GALLOS.

No sé si *por fortuna* ó *por desgracia*,  
que en esto están discordes los cronistas,  
habia en el corral de Mari-Gracia  
dos gallos, pertinaces camorristas,  
que á cual más belicoso, á cual más fiero,  
luchaban por regir el gallinero.

Sintiendo un dia su ambicion de mando,  
su sed de sultanía más rabiosa,  
se encuentran *vis-á-vis* cacareando;  
cantan al par batiendo el ala airosa,  
se miran fieros, en cantar insisten,  
tornan y van, hasta que al fin se embisten.

Nunca corral alguno fué teatro  
de más odiosa guerra: Se arremeten,  
se pican una vez, y dos, y cuatro...  
se acribillan, se sajan y acometen;  
y éste brinca, aquel salta, el otro vuela,  
sin dar descanso al pico ni á la *espuela*.

La gallinácea grey viendo esto,  
corre acá y acullá despavorida;  
cuál escala la tapia, cuál el cesto , . . . . .  
y huyendo de la lucha fratricida, . . . . .  
temerosas del bélico destrozo,  
ésta cae al pilon, aquella al pozo.

Mari-Gracia, que oyó la tremolina  
que en el corral se armaba, se amostaza,  
coge una escoba, deja la cocina,  
baja al corral, da voces, amenaza  
á los dos contendientes, se interpone,  
y los calma, y al fin en paz los pone.

Un gallo, de los dos el más ladino,  
—«¡Oye! la dijo en medio cacareo,  
»y con cierto mirar algo mohino:  
»¿no expongo yo mi vida si peleo?...  
»¡Pues no es bueno, impedir á un gallo honrado  
»que acuda por su honor si es ultrajado!

—«¡Hola!—ella respondió—bien qué riñeras  
»¡mala pepita en ti! Mas si la casa  
»traes revuelta, y con tus luchas fieras  
»ni dejas polla en paz, ni clueca en nasa,  
»¿es justo que en tu empeño majadero  
»me dejes apurado el gallinero?

»A más, á más... ni áun tú te perteneces.  
»Si por ti di á Colás catorce reales ,  
»¿no conoces, bribon, que si pereces  
»he de perder contigo lo que vales?...

»¡Que te deje reñir! ¿y fuera cuerdo,  
»si, venzas tú ó aquel, yo siempre pierdo?

. . . . .  
. . . . .

No dicen los cronistas de esta historia  
lo que despues pasó, ni yo de ella  
he podido encontrar cierta memoria;  
mas juzgo que acabara la querella,  
porque no se comprenden más cuestiones  
despues de estas doctisimas razones.

Para los que al País su vida deben,  
y del *poder* por el afan funesto,  
continuas luchas fraticidas mueven,  
este sencillo apólogo he compuesto.  
¡Ojalá la ficcion de que me valgo  
para bien del País influya en algo!  
¡Ojalá que este ejemplo les recuerde  
que, en sus luchas, es *Él* quien siempre pierde!

FABULA III.

EL PATO Y LA TRUCHA.

En las aguas serenas  
de una laguna,  
á un pato, su vecino,  
dijo una trucha:

—«¡Ay, cuánto envidio  
las venturas que afable  
te dió el destino!

Tú nadas, andas, vuelas,  
libre y sin trabas,  
mientras yo vivo siempre  
presa en el agua;  
Y al cabo debe  
la mesa de un magnate  
mirar mi muerte.»

—«No envidies, trucha amiga,  
el pato dijo,  
mi destino, que es triste  
cual tu destino:

Que igual sentencia  
de muerte ignominiosa  
sobre ambos pesa.

Al fondo donde giras  
yo nunca llego ;  
yo envidio tu retiro ,  
si tú mi vuelo :

Y al cabo, ¡oh trucha ,  
la mesa de tu muerte  
será mi tumba !»

---

Recuerda cuando envidies  
la dicha agena ,  
de aquesta fabulilla  
la moraleja :

*Que en esta vida,  
no es más bueno el estado  
que más se envidia.*

Tú nadas, andas, vuelas,  
libre y sin trabas,  
mientras yo vivo siempre  
presas en el agua ;  
Y al cabo debe  
la mesa de un magrate  
misar mi muerte.

FABULA IV.

EL MONO SABIO.

Un mono que un saboyano  
enseñaba por dinero,  
se huyó á su país lejano:  
¡vaya si el mono iba ufano  
chapurrando el extranjero!

Nunca fuera Don Quijote,  
ni aun el mismo Lanzarote  
tan finamente servido,  
como fué bien recibido  
el viajero monigote.

¡Aquello fué mucho cuento!  
pues no hubo mono en Argel  
que no le obsequiara atento,  
ni mona que en su aposento  
no suspirara por él.

El, tanto bien por pagar,  
ó acaso por blasonar -  
de las gracias que sabía,  
quiso á sus paisanos dar  
una fiesta cierto dia.

En su casa los reunió,  
—creo que tendría casa,  
aunque no la he visto yo,—  
y así la suma no escasa  
de sus primores mostró.

—«Ved qué gachona habanera  
»me enseñó un americano:  
»Ved qué galop tan ligera,  
»que la aprendí este verano:  
»de un francés de la frontera.

»Pues fijad vuestra atencion  
»y ved este rigodon;  
»es baile de muy buen tono,  
»que ya buscaré ocasion  
»de enseñar al pueblo mono.

»Ahora el kan-kan, éste es  
»baile exclusivo francés.  
»¡ Pues no digo esta chacota!  
»¿y qué os parece esta jota  
»que aprendí á un aragonés?...

«Atended con más ahinco,  
que voy á hacer cuatro ó cinco  
»arriesgados molinetes:  
»¡mirad qué vuelta! ¡qué brinco!  
—»Pues ahora los cubiletos!»

. . . . . Y con razones tan buenas  
. . . . . le arguyen todos al par,  
. . . . . tanto que ya de sus mañas  
. . . . . y de sus gracias extrañas  
. . . . . nunca volvió á discurrir.

En esto, un mono atrevido  
gritó presto:—¡Voto á bríos!  
muéstrenos usted, por Dios,  
algun primor, no aprendido,  
sino ideado por vos.

—¡Por mí decís... torció el gesto  
y balbuceó: sí... á fe...  
algo... original? voy presto;  
pero... no sé más que esto;  
señores... nada inventé.

—¡Toma! la reunion exclama:  
lo meritorio en verdad,  
es la originalidad;  
pero esto... ¡y á esto se llama  
tener tanta habilidad?...

—¡Caballero! el otro añadió: «Aunque  
eso mismo digo yo. ¿Por qué  
¡Pues! si nada de eso es vuestro,  
el mérito es del maestro  
que á imitarle los enseñó.»—

Y con razones tamañas  
le arguyen todos al par,  
tanto, que ya de sus mañas  
y de sus gracias extrañas  
nunca volvió á blasonar.

Literatos y escritores,  
que usurpáis la gloria ajena,  
cuidado digo, señores...  
ya veis que el mundo condena  
los monos imitadores.

—¡Por mi deidad... torció el gesto  
y balbuceó: si... á la...  
algo... original? voy presto;  
pero... no sé más que esto;  
señores... nada inventé.

—¡Toma! la reunión exclama:  
lo meritario en verdad,  
es la originalidad;  
pero esto... ¿y á esto se llama  
tener tanta habilidad?...

FABULA V.

EL PINO Y SU RAIZ.

Al verse en una fuente

decia un pino así:

—«¡Qué hermosas ramas tengo!

¡qué talla tan gentil!

¿A qué árbol dió natura

bellezas como á mí?

¡Yo vivo siempre verde

y en un perenne Abril!»

Hablando de este modo

miró que junto á sí

su delgadez extrema

mostraba una raíz.

—«¡Cómo te atreves, dijo,

necia, á acercarte á mí!

¿Acaso con mis galas

quisieras competir?...»

—«A fe que no pretendo;

no soy tan baladí.

Mas sepa el orgulloso  
que yo soy su raíz;  
y que esas verdes ramas  
y cuerpo tan gentil,  
yo soy quien alimento.  
Sabed, don Pino, en fin,  
que todo cuanto sois  
me lo debeis á mí.»

Calló el hermoso pino  
bajando la cerviz,  
y no volvió á mofarse  
de la *raicilla ruin*.

Arbol gigante, el Rey  
señor es del pensil;  
mas nunca olvidar debe  
que el pueblo es su raíz.

Por cierto que hablo á punto  
el peralillo enano y como dacto:  
á tan prudente dicho  
y á tan sabia opinion me ajusto en todo.

La selva literaria  
esta poblada de chopos:  
FABULA VI.  
hojas y ramas muchas  
talla gigante, pero fruto... poco.

### EL CHOPO Y EL PERALILLO.

Admirando su altura,  
sus verdes ramas y su aspecto hermoso,  
así clamaba un dia  
un elevado y gigantesco chopo:

— «Yo extiendo mi ramaje  
cual no lo extiende el álamo ni el olmo;  
soy alto cual ninguno,  
y más que todos grueso tengo el tronco.

Frondoso y arrogante,  
tanto me elevo, que las nubes toco,  
soy de la selva el Rey,  
por lo gentil, magnífico y hermoso.»

Oyóle un peralillo,  
y contestó al gigante:—«¡Poco á poco!  
no estriba en el tamaño,  
sino en el fruto el mérito, seor Chopo.»

Por cierto que habló á punto  
el peralillo enano y como docto:  
á tan prudente dicho  
y á tan sabia opinion me ajusto en todo.

La selva literaria  
está poblada de arrogantes chopos:  
hojas y ramas muchas,  
talla gigante, pero fruto.... poco.

FABULA VII.

EL CUERVO ENVIDIOSO.

Cierto cuervo, envidioso  
de una linda abubilla,  
robó un día á una urraca  
un dije ó baratija,  
para culpar del hurto  
al blanco de su envidia.

Dióle la urraca parte  
al juez, un ave-fria,  
que recto administraba  
las cosas de justicia.

—«Señor, dijo la urraca,  
hago saber á usía  
que anoche me han robado  
un broche de una liga.»

—«¿Rateritos tenemos?...  
contestó el ave-fria:

¿Y quién tal hurto os hizo?»

—«Lo ignoro por mi vida.»

—«Vereis cómo se sabe.»



Tocó una campanilla,  
y dijo á un ordenanza,  
ó sea golondrina :  
—«Que venga prontamente  
á la presencia mia  
cuanta gente en el barrio  
de doña Urraca viva.»—  
Cumplió la órden pronta,  
y trajo allí deprisa  
la vecindad entera  
de la infelice víctima.

Habló el juez: —«¿Quién de ustedes,  
ausente su vecina,  
vió que alguien en su casa  
entraba de escondida?..  
pues ella echa de menos  
el broche de una liga...»

El envidioso cuervo  
no quiso en su manida  
dejar, por si la hallaban,  
la hurtada baratija ;  
y no encontrando parte  
donde meterla aprisa,  
cuando del juez la órden  
le dió la golondrina,  
metióse la en el pico,  
guardándola escondida.

Al verse preguntado,  
llevado de la envidia,  
apenas decir pudo:

—«Señor, fué la abubilla....»  
El maldecido broche  
ligero se desliza,  
y, puesto en su garganta,  
dejó al cuervo sin vida.

Extráñale al concurso  
su muerte repentina;  
y á un gavilan llamando,  
diestro en anatomía,  
ordénanle que inquiera  
de qué dolor fué víctima.  
Sajóle *incontinenti*  
el cuello, y á la vista  
de todos mostró el broche  
que le privó de vida.

Al punto el juez dispone  
que suelten la abubilla,  
que sujeta entretanto  
y á buen cobro tenia;  
y manda que el cadáver  
del cuervo cuatro dias  
esté expuesto en la plaza,  
para escarmiento y guia  
de los que ciegamente  
llevar se dejan de la negra envidia.

—«Qué, mi señor, ¿por  
qué pedáneo me veis?...  
¿por qué me veis?...»

FABULA VIII.

EL FÓSFORO Y LA BUJÍA.

Cuentan de cierta bujía,  
que con pedante altivez  
orgullosa se reía,  
burlando la pequeñez  
de un fósforo que veía.  
—Hay que advertir que apagado  
el fósforo se encontraba,  
y la bujía brillaba  
con luz que le había dado  
aquel de quien se burlaba.—

El fosforillo prudente  
oía con calma allí  
un y otro insulto imprudente,  
hasta que alzando la frente  
dijo á la bujía así:  
—«¿Qué, mi señora, os burlais  
porque pequeño me veis?...  
¡pues advierto que olvidais

que esa luz con que brillais  
á mí solo la debeis!

Mofaros de verme así.

Es cierto, ya nada valgo,  
puesto que mi luz os dí...

Yo, sin vos, valiera algo...

¡Vos no luciérais sin mí.»

---

Personas conozco yo  
á quien el pueblo elevó,  
y cuando en alto se hallaron,  
con risa y mofa trataron  
al que su poder les dió.

Y es que, ingrato y altanero,  
en el emporio al lucir,  
olvida el orgullo fiero  
que no se puede subir  
sin el escalon primero.

Del hecho quiero sacar



en sí este dijo, aquel vino,  
sólo esta comparación,  
que sirva á más de un vecino  
de lección.

que esa luz con que brillas  
á mi solo la debeis!  
Molinos de viento así.  
Es cierto, ya nada valgo,  
puesto que mi luz os di...  
Yo, sin vos, valiera algo...  
Vos no habéis...

FABULA IX.

Personas conexas yo  
á quien el pueblo elabo,  
y cuando en alto se hallaron,  
con risa y con...  
al que su poder los dio.

EL ELEFANTE.

Y es que, ingrato y altanero,  
en el comercio al lucir,  
No sé que libro leí,  
donde vi que se puede beber  
que suelen los elefantes,  
y en ello encuentran placer,  
enturbiar el agua antes  
de beber.

Del hecho quiero sacar  
sin entrar  
en si *éste dijo, aquel vino,*  
sólo esta comparacion,  
que sirva á más de un vecino  
de leccion.

El que un pueblo levantó,  
y en su pro  
revueltas y luchas fragua,  
tiene gran similitud  
con los que turban del agua  
la quietud.

Que se guarde al poseer  
el poder,  
el que removió el cotarro;  
pues si bebe en su caudal,  
es posible que su barro  
le haga mal.

FABULA X.

EL GLOBO DE GOMA.

Bajando un mancebo al *Prado*,  
quedó admirado de ver  
un globo, que un mercader  
llevaba á una cuerda atado.

Y más se espantó de verlo,  
porque con gracia y donaire,  
flotaba libre en el aire,  
cual puede un pájaro hacerlo.

El padre notó en su hijo  
la pueril admiracion,  
y con gracia y discrecion  
de esta manera le dijo:

—«Por tu sorpresa presumo  
que ignoras, hijo querido,  
que el globo que ves, va henchido  
bien de gases, bien de humo.»

«Y como el humo es mas leve  
que el aire que desaloja,  
gira donde se le antoja,  
y á su voluntad se mueve.»

«Esta es la sola razon  
por que se eleva ostentoso....»  
Pero el mancebo, dudoso,  
seguia en su admiracion.

Mirando el padre su duda,  
desciende el globo elevado,  
y ante su hijo admirado  
le rompe con mano ruda.

Llega éste su seno á ver,  
y al encontrarle vacío,  
contempla, mudo y sombrío,  
al padre y al mercader.

Al cabo con sentimiento  
exclama, ya convencido:  
—¡Conqué era su contenido  
viento no más!»... —«Sólo viento.»

—Muchos que flotar se miran  
en la altura, y á la plebe  
con su ostentacion admiran,  
son globos que henchidos giran  
de leve gas, ó humo leve.

---

FABULA XI.

LAS PALOMAS Y EL GATO.

Eranse ciertas palomas  
que, contra un gato enemigo  
buscando seguro abrigo,  
volaban cerros y lomas.

Huyendo de su denuedo  
ligeras iban cual balas,  
llevando á más de sus alas  
las alas que presta el miedo.

Volando con tal premura  
á un alto monte llegaron,  
cuya eminencia ocuparon  
como atalaya segura.

No bien la turba paró,  
cuando un palomo bermejo  
encaramóse en un tejo,  
y de esta manera habló:

—«No extraño que á tal lugar  
voleis con alas inciertas,  
que cierra el miedo las puertas  
al prudente razonar.

Mas ya que veis ocasion  
de meditar libremente,  
es, aún más que justo, urgente  
que deis paso á la razon.

Un gato es sólo el que intenta  
causar nuestra ruina ingrato.  
¡Tal miedo de un solo gato  
debiérais tenerlo á afrenta!

Sé que el palomo más fiero  
solo con él en combate,  
fuera para su gazzate  
lo que para el mio un yero:

Más sé tambien que es la union  
de los débiles remedio,  
y que es éste el solo medio  
prudente en esta ocasion.

Unámonos de manera  
que un cuerpo forme la grey,  
que si es la union nuestra ley  
será vencida la fiera.

De este modo al palomar  
volver tranquilas podremos;  
de otro, siempre viviremos  
errantes y sin hogar.»

No era el palomo un pajuato,  
y á la turba enardeció  
de tal modo, que gritó:  
«¡¡Al palomar!! ¡¡Muera el gato!!...»

Y alzando el vuelo ligero  
volvieron al palomar,  
donde no se hizo esperar  
el gato arrogante y fiero.

Avanza la turba unida,  
y furibunda acomete,  
tanto, que pone en un brete  
al fiero palomicida.

No dió batalla cual esta  
ni el valiente Viriato.  
¡Qué presto que andaba el gato!  
la turba toda ¡qué presta!

Allí es de ver con qué anhelo,  
con qué bélico donaire  
furiosos riñen, el aire  
llenando de pluma y pelo.

Allí es de ver el rigor  
con que á luchar se dan prisa,  
y anda la suerte indecisa  
en señalar vencedor.

Ya vacila y huye atrás  
el enemigo gatuno:  
eran tantos contra uno,  
que al fin vencieron los más.

No hubo desde allí temores  
que turbaran el sosiego,  
con que en union grata luego  
vivieron los vencedores.

— Contra inicuos opresores  
inhumanos,  
aprenda el pueblo oprimido  
la leccion.  
La union contra sus tiranos  
siempre ha sido  
la fuerza de una nacion.

---

FABULA XII.

EL SAPO Y EL ZORRO.

Cierto sapo, que habitaba  
en un lodazal inmundo,  
en deseos se abrasaba  
de andar tierras y ver mundo.

Pero su empeño extremado  
jamás cumplido veía;  
que era un pozo abandonado  
la laguna en que vivía.

Trabajaba el avechucho  
con fatiga perennal,  
mas nunca en subir fué ducho  
de su cárcel al brocal.

Por acaso un zorro viejo,  
cerca del pozo pasó,  
y por mirarse en su espejo  
á la orilla se acercó.

Miróle el sapo, y risueño,  
meló la voz, guiñó el ojo,  
y dijo al zorro:—«Mi dueño,  
escucha si no te enojo.

«Alarga tu jopo hermoso,  
y sácame compasivo  
de este antro cenagoso  
donde prisionero vivo.

»¡Hazlo, gentil animal,  
el más extraño portento  
de belleza original,  
de perspicacia y talento!

»¡Usía tenga clemencia,  
y conduélase de mí!  
Yo espero de Su Excelencia  
que me sacará de aquí!

»¿Se dignará Vuestra Alteza  
usar en mí su bondad?  
¡No me niegue esta fineza  
Vuestra excelsa Majestad!»

Cansó tanta adulacion  
al zorro, y torciendo el gesto,  
dejó al sapo en su prision,  
y se fué diciendo esto:

—«Adular para subir  
al que un poder atesora,  
es un modo de vivir  
que está muy en boga ahora.»



# CANTARES.

---



—this and other  
arrangements for the  
benefit of the  
public and the  
State.

## CANTARES.



---

I.

Un clavel y una amapola  
ante un lirio han cuestionado,  
por ver cuál se acerca más  
al hechizo de tus labios.

II.

En un hilo mi destino  
prendidas tuvo mis penas,  
y al desprenderse una sola  
rodaron todas con ella.

III.

Ayer me han dicho, serrana,  
que me tienes en olvido:  
Si es tu cariño mi vida,  
¿cómo me olvidaste y vivo?

IV.

Porque de ti vivo ausente  
dicen que canto con pena:  
¿Por qué dicen *porque vivo*?  
¿acaso hay vida en la ausencia?

V.

Mi alegría y mis pesares  
tienes, niña, en tus ojuelos:  
en lo blanco los halagos,  
los desdenes en lo negro.

VI.

Eres tú para mi amor  
lo que es para el ave el nido,  
lo que es para el pez el agua  
y para la yedra el pino.

VII.

Se arrastra y seca la yedra  
que vive lejos del árbol;  
y yo sin ti, prenda mía,  
entre amarguras me arrastro.

VIII.

El pez fuera de la mar  
muere afligido y sediento;  
y yo lejos de tu lado  
afligido y triste muero.

IX.

El ruiseñor en el campo  
suspira lejos del nido,  
y yo, cuando no le veo  
como el ruiseñor suspiro.

X.

Quando entro en mi corazon  
al punto cierro los ojos;  
porque en su inmenso vacío  
me espanto de verme solo.

XI.

Dicen que quedan cenizas  
donde una vez hubo fuego:  
¿qué queda donde hubo humo,  
después de un aire violento?...

XII.

El palacio de mis glorias  
fundé sobre tu cariño:  
como el cimiento era frágil  
pronto cayó el edificio.

XIII.

De tu corazón al mío  
ha labrado Amor un puente:  
por él mis suspiros van,  
por él tus suspiros vienen.

XIV.

En el album de mi dicha  
sólo hay en blanco una hoja;  
escribe tu nombre en ella  
para completarlas todas.

XV.

Per una sonrisa tuya  
la mitad del alma diera;  
por un beso de tus labios  
el alma y la vida enteras.

XVI.

Mi Laura entró en un jardín  
y fué á coger una flor;  
mas vió la flor sus mejillas  
y de envidia se secó.

XVII.

Porque nadie las leyerá  
tus cartas hice cenizas;  
pero, aunque las he quemado,  
las tengo en el alma escritas.

XVIII.

Cuando me encuentre á tu lado  
ver el cielo me parece,  
las estrellas en tus ojos,  
y el mismo Dios en tu frente.

XIX.

Cuando me muera, alma mia,  
anda á verme al cementerio,  
y si los sepulcros hablan  
dirán que áun muerto te quiero.

XX.

Ya cercano á naufragar,  
pedí á la Virgen socorro,  
y para marcar mi rumbo  
me dió la luz de tus ojos.

XXI.

No sé si me has de mirar,  
y que no me mires temo;  
pues me miras, y me abraso,  
no me miras, y me muero.

XXII.

Hay gentes que si algun dia  
entraran en su conciencia,  
cerrando al punto los ojos,  
huirían con asco de ella.

XXIII.

¡Y aún te atreves á llevar  
ese relicario al cuello!  
¡Hereje! y pones á Dios  
sobre el fango de tu pecho!

XXIV.

¿Qué me importa tú hermosura,  
si tienes podrida el alma?  
pues qué ¿no mata el veneno  
bebido en taza de plata?

XXV.

De la tierra y de los cielos  
Dios á mi amada formó:  
tiene luceros por ojos,  
y roca por corazón.

XXVI.

Quisiera nacer cien veces,  
para quererte otras cien,  
aunque cien veces muriera  
al rigor de tu desden.

XXVII.

Vénus nació de la espuma  
del agua del mar salobre,  
y tú de la luz del cielo,  
serrana de mis amores.

XXVIII.

Del bajel de los amores  
era piloto la fe;  
mas hoy ocupan su puesto  
el vicio y el interés.

XXIX.

Si por mí sientes amor  
y por vergüenza lo callas,  
cuidado con que me mires,  
que te venden tus miradas.

XXX.

Una cosa me consuela  
si de mi lado te apartas,  
y es, que tu imágen hermosa  
llevo en mi pecho grabada.

XXXI.

Más daña una mala lengua  
que un puñal de aguda hoja;  
pues si este quita la vida,  
aquella mata la honra.

XXXII.

De este valle de amargura  
cruzo el erial desierto,  
y mis horas de tristura  
con mis cantares divierto.

XXXIII.

Ya un dulce bien goce en calma  
ya libe amargos pesares,  
las notas de mis cantares  
son el eco de mi alma.

XXXIV.

Cerradas hallé las puertas  
á que mi mano llamó,  
para el que pobre nació,  
¿qué puertas están abiertas?

XXXV.

Monte de espuma es la gloria,  
que abate el olvido fiero;  
la gloria que yo más quiero  
es vivir en tu memoria.

XXXVI.

Tras mil ansias y desvelos  
me hizo pasar tu rigor,  
al infierno de los celos  
desde el cielo del amor.

XXXVII.

Mis riquezas repartí,  
y ved qué bien me pagaron:  
si cuando dí me adularon,  
me huyeron cuando pedí.

XXXVIII.

Gilguerillo peregrino  
que en medio del bosque moras:  
¡quién igualara tu trino!  
¡quién cantara como lloras!

XXXIX.

Jamás nuestra mente loca  
halla en un placer recreo;  
pues nace un nuevo deseo  
do quierá un placer se toca.

XL.

¡Hasta envidia en mi penar,  
al que llora su quebranto!  
Para el que puede llorar  
¡qué más ventura que el llanto!

XLI.

Si no hallara en mi dolor  
el consuelo de morir,  
¿cómo pudiera sufrir  
de mi desgracia el rigor?...

XLII.

En ángeles no creí  
cuando no te conocía;  
pero despues que te vi  
no hay fe que iguale á la mia.

XLIII.

Pues es su muerte una ausencia  
que mi muerte ha de borrar,  
¿por qué aumentas mi pesar,  
Dios mio, con mi existencia?

XLIV.

¿Dónde concluye el pesar,  
si el hombre, en su loco empeño,  
sueña, y realiza un ensueño,  
para volver á soñar?

XLV.

Sembré semilla de amor,  
y nació, para mi daño,  
sólo un árbol: ¡el dolor!  
solo un fruto: ¡el desengaño!

XLVI.

Una abeja en el vergel  
vagaba, de miel avara,  
y en las rosas de tu cara  
picar quiso y sacar miel.

XLVII.

Un beso vaga en mis labios  
cuando á mi lado te veo:  
no es á impulsos del deseo,  
que son sin duda... resabios.

XLVIII.

La infiel su conciencia ahogó  
por no oír su eterno grito:  
para decir su delito  
¡seré su conciencia yo!

XLIX.

Aunque con delirio adoro  
la libertad en que vivo,  
la diera por ser cautivo  
de tus cabellos de oro.

L.

El rauda tiempo en su huida  
me hizo olvidar su desliz;  
pero aunque sanó la herida  
me queda la cicatriz.

LI.

La aurora en vano colora  
los prados con luz fulgente,  
que hasta que miran tu frente  
mis ojos no ven la aurora.

III LII.

    Mi labio te maldijera  
una, dos, cien y mil veces...  
¡Pero si ya no mereces  
ni mi maldicion siquiera!

X LIII.

    Al ver tus ojos brillantes  
mil quejas al cielo di,  
porque antes no los vi  
para haberte amado antes.

LIV.

    Del árbol de mi esperanza  
tan sólo una flor brotó:  
mi amor puro, que agostó  
el viento de tu mudanza.

LV.

    Caminito de los cielos  
á mi enamorada hallé,  
y mirando á sus ojuelos  
de los cielos me olvidé.

LVI.

No siento que mi quebranto  
mi ventura marchitó;  
lo que siento es que secó  
el manantial de mi llanto.

LVII.

Si hay perdicion ¡ay de mí!  
al influjo vuestro agena,  
dígalo Troya de Helena,  
y dígalo yo de ti.

LVIII.

Las cuerdas de mi laud  
no vibran ya como antaño:  
las templó la juventud,  
y hoy las rompe el desengaño.

LIX.

En el brillo de tus ojos  
preso está mi corazón;  
cuando acabe su prision  
empezarán sus enojos.



LX.

Un rastro de hiel seguí  
que en una cuna nació,  
y sólo una huesa ví  
donde la hiel concluía.

LXI.

Siempre fueron mis cantares  
de mi amargura el disfraz;  
pues no hay mejor antifaz  
para encubrir los pesares.

LXII.

Cuanto el mortal ciego aspira,  
mentira ó delirio es;  
el crimen y el interés,  
¡eso sí que no es mentira!

LXIII.

Tan cerca mi mal camina  
de mi bien, que, en mi tristeza,  
ni sé dónde el bien termina,  
ni sé dónde el mal empieza.

LXIV.

Si nada en el hombre anida  
que busque asilo en el cielo,  
¿qué objeto tiene el anhelo  
de esta pasajera vida?

LXV.

Si en la gloria no te veo,  
cuando Dios me llame allí,  
pues sólo verte deseo,  
iré al infierno tras ti.

LXVI.

Quisiera tu labio puro  
tener á mi labio unido,  
como á la muerte el olvido,  
y como la yedra al muro.

LXVII.

Me da tu amor tantos celos,  
que al infierno te llevara,  
si en el reino de los cielos  
un querubin te mirara.

FIN.

LXIV.

Si nací en el mundo ansioso  
que pasare así en el cielo,  
¿qué objeto tiene el anhelo  
de esta pasajera vida?

LXV.

Si en la gloria no te veo,  
cuando Dios me llame allí, ¿qué me  
pues sólo verte deseo, ¿qué me  
tré al infierno fútil, ¿qué me

LXVI.

Quisiera tu labio puro  
lamer á mi labio unido,  
como á la muerte el olvido,  
y como la vida el muro.

LXVII.

Me da tu amor tantos celos,  
que al infierno te llevaré  
si en el reino de los cielos  
un querubín te mirare.

— 182 —

## INDICE.

### POESÍAS.

#### PRIMERA PARTE.

|                                  | <u>Páginas.</u> |
|----------------------------------|-----------------|
| Himno á Dios .....               | 7               |
| Largo y corto .....              | 10              |
| La riña amorosa .....            | 11              |
| La niña huérfana .....           | 14              |
| En su ausencia .....             | 17              |
| Nombres trocados .....           | 19              |
| El busilis, letrilla .....       | 20              |
| Balada (de un canto sueco) ..... | 23              |
| El principio y el fin .....      | 24              |
| Anacreóntica .....               | 25              |
| Soneto .....                     | 26              |
| Epigrama .....                   | Id.             |
| La primavera (A Laura) .....     | 27              |
| Letrilla .....                   | 33              |

|                             | Paginas. |
|-----------------------------|----------|
| El avaro.....               | 35       |
| Alegoría.....               | 39       |
| Epígrama.....               | 40       |
| Serenata.....               | 41       |
| Epígrama.....               | 42       |
| En un album.....            | 43       |
| Un gemido.....              | 51       |
| Balada.....                 | 53       |
| El cimiento de la vida..... | 54       |
| Epístola.....               | 55       |
| Madrigal.....               | 62       |

SEGUNDA PARTE.

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| Dudas y afanes.....              | 63  |
| Anacreóntica.....                | 70  |
| Promesas.....                    | 72  |
| A un niño expósito(soneto).....  | 75  |
| Cantinelas.....                  | 76  |
| Confesion.....                   | 79  |
| Madrigal.....                    | 83  |
| A una niña.....                  | 84  |
| Anacreóntica.....                | 88  |
| Dichas mentidas.....             | 89  |
| Anacreóntica.....                | 93  |
| La luz de sus ojos (soneto)..... | 94  |
| El último asilo.....             | 95  |
| El ciego.....                    | 97  |
| A una ingrata (soneto).....      | 101 |
| Anacreóntica.....                | 102 |
| Letrilla.....                    | 104 |

|                                  | <u>Páginas.</u> |
|----------------------------------|-----------------|
| La verdadera dicha (soneto)..... | 109             |
| A mi amigo X, epístola.....      | 110             |
| Lelia.....                       | 117             |

---

FÁBULAS.

---

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| I. El Caracol y la Hormiga.....  | 129 |
| II. Los dos Gallos.....          | 132 |
| III. El Pato y la Trucha.....    | 135 |
| IV. El Mono sabio.....           | 137 |
| V. El Pino y su raíz.....        | 141 |
| VI. El Chopo y el peralillo..... | 143 |
| VII. El Cuervo envidioso.....    | 145 |
| VIII. El Fósforo y la Bujía..... | 148 |
| IX. El Elefante.....             | 150 |
| X. El Globo de goma.....         | 152 |
| XI. Las Palomas y el Gato.....   | 154 |
| XII. El Sapo y el Zorro.....     | 158 |
| CANTARES.....                    | 163 |

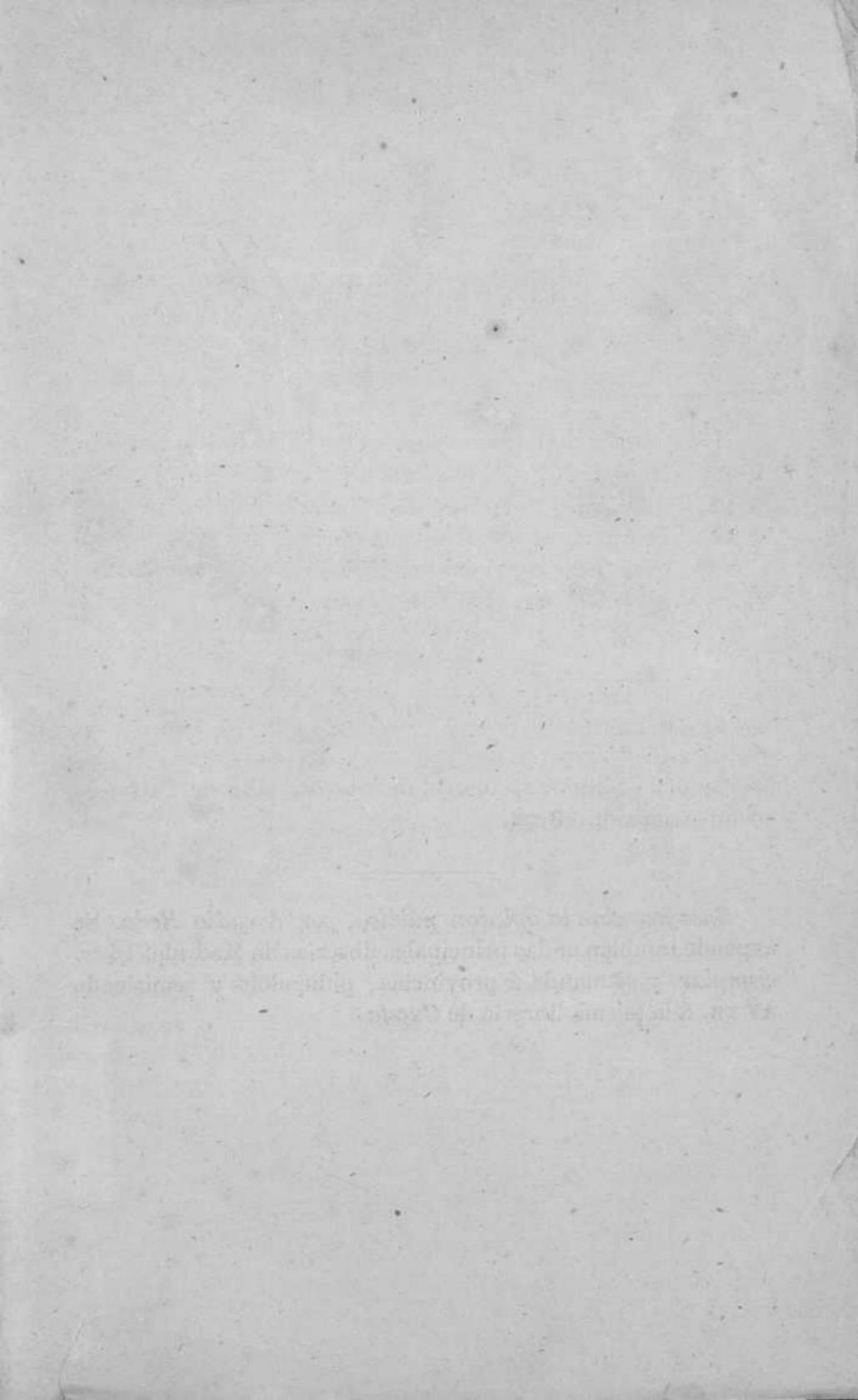
---

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| Las verdaderas diabladas (fábulas) | 100 |
| Ami amigo X. aguilola              | 110 |
| Idem                               | 117 |
| Idem                               | 124 |
| Idem                               | 125 |
| Idem                               | 126 |
| Idem                               | 127 |
| Idem                               | 128 |
| Idem                               | 129 |
| Idem                               | 130 |
| Idem                               | 131 |
| Idem                               | 132 |
| Idem                               | 133 |
| Idem                               | 134 |
| Idem                               | 135 |
| Idem                               | 136 |
| Idem                               | 137 |
| Idem                               | 138 |
| Idem                               | 139 |
| Idem                               | 140 |
| Idem                               | 141 |
| Idem                               | 142 |
| Idem                               | 143 |
| Idem                               | 144 |
| Idem                               | 145 |
| Idem                               | 146 |
| Idem                               | 147 |
| Idem                               | 148 |
| Idem                               | 149 |
| Idem                               | 150 |
| Idem                               | 151 |
| Idem                               | 152 |
| Idem                               | 153 |
| Idem                               | 154 |
| Idem                               | 155 |
| Idem                               | 156 |
| Idem                               | 157 |
| Idem                               | 158 |
| Idem                               | 159 |
| Idem                               | 160 |
| Idem                               | 161 |
| Idem                               | 162 |
| Idem                               | 163 |
| Idem                               | 164 |
| Idem                               | 165 |
| Idem                               | 166 |
| Idem                               | 167 |
| Idem                               | 168 |
| Idem                               | 169 |
| Idem                               | 170 |
| Idem                               | 171 |
| Idem                               | 172 |
| Idem                               | 173 |
| Idem                               | 174 |
| Idem                               | 175 |
| Idem                               | 176 |
| Idem                               | 177 |
| Idem                               | 178 |
| Idem                               | 179 |
| Idem                               | 180 |
| Idem                               | 181 |
| Idem                               | 182 |
| Idem                               | 183 |
| Idem                               | 184 |
| Idem                               | 185 |
| Idem                               | 186 |
| Idem                               | 187 |
| Idem                               | 188 |
| Idem                               | 189 |
| Idem                               | 190 |
| Idem                               | 191 |
| Idem                               | 192 |
| Idem                               | 193 |
| Idem                               | 194 |
| Idem                               | 195 |
| Idem                               | 196 |
| Idem                               | 197 |
| Idem                               | 198 |
| Idem                               | 199 |
| Idem                               | 200 |

FABULAS



CASTAÑAS



## PUNTOS DE VENTA.

---

Esta obra se hallará en casa de los Sres. *Bailly-Baillièrè*, Plaza de Topete; *Cuesta*, calle de Carretas; *San Martín*, Puerta del Sol; *Durán*, Carrera de San Gerónimo; *Leocadio Lopez*, calle del Cármen, y en las demás principales librerías. Los señores libreros de provincias dirigirán sus pedidos á la librería de *Bailly-Baillièrè*, Plaza de Topete.

---

*Bacon, Estudios de moral y de política, traducidos por Arcadio Roda*. Esta obra se halla de venta á 12 rs. *ejemplar* en las principales librerías de Madrid, y se remite á provincias haciendo el pedido á la librería de *Cuesta*, calle de Carretas, acompañados de 13 rs.

---

*Ensayos sobre la opinion pública, por Arcadio Roda*. Se expende tambien en las principales librerías de Madrid á 16 rs. *ejemplar*, y se manda á provincias, pidiéndolo y remitiendo 17 rs. á la misma librería de *Cuesta*.

SIERRA



POESÍAS



138